

**UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALENCIA**  
**“San Vicente Mártir”**



**LA CONSTRUCCIÓN DEL “NOSOTROS” EN EL AMOR  
CONYUGAL DESDE KAROL WOJTYLA**

**Máster en Antropología Personalista**

**Presentado por:**  
**D. MARCO ANTONIO LÔME SORIANO**

**Dirigido por:**  
**Dra. RAQUEL VIERA**

**Valencia, a 2 de febrero de 2019**



Universidad  
Católica  
de Valencia  
San Vicente Mártir

**D<sup>a</sup> RAQUEL VERA**

CERTIFICA:

Que el trabajo titulado: **LA CONSTRUCCIÓN DEL NOSOTROS EN EL AMOR CONYUGAL DESDE KAROL WOJTYLA** ha sido realizado bajo mi dirección por el alumno D. **MARCO ANTONIO LOME SORIANO**

Valencia, a 2 de febrero de 2019

Firmado:

# ÍNDICE

<b>Introducción.....</b>	<b>4</b>
<i>Objetivo .....</i>	<i>8</i>
<i>Metodología.....</i>	<i>9</i>
<b>Capítulo I. Una antropología adecuada del amor conyugal. ....</b>	<b>11</b>
1.1 <i>La antropología personalista.....</i>	<i>13</i>
1.1.1 <i>¿Qué comprendemos por antropología personalista? .....</i>	<i>14</i>
1.1.2 <i>¿Qué significa “ser persona” desde esta visión antropológica? .....</i>	<i>16</i>
1.1.3 <i>¿Cuáles son los rasgos esenciales de esta antropología personalista?.....</i>	<i>17</i>
1.2 <i>Aportes de Karol Wojtyla a esta visión antropológica. ....</i>	<i>25</i>
1.3 <i>El amor en Karol Wojtyla. ....</i>	<i>27</i>
1.3.1 <i>El amor y la verdad. ....</i>	<i>28</i>
1.3.2 <i>Construir una historia de amor. ....</i>	<i>29</i>
1.3.3 <i>El desafío del amor. ....</i>	<i>30</i>
1.4 <i>La construcción del “nosotros” y el amor. ....</i>	<i>30</i>
<b>Capítulo II. La autorealización de la persona a través de la acción: la autodeterminación y la autorealización. ....</b>	<b>34</b>
2.1 <i>La participación. ....</i>	<i>34</i>
2.2 <i>El valor personalista de la acción.....</i>	<i>35</i>
2.3 <i>La trascendencia. ....</i>	<i>37</i>
2.4 <i>La trascendencia horizontal y la trascendencia vertical. ....</i>	<i>38</i>
2.5 <i>Autodeterminación. ....</i>	<i>40</i>
2.6 <i>Autoposesión y autodomínio. ....</i>	<i>40</i>
2.7 <i>La integración. ....</i>	<i>43</i>
2.8 <i>Autorealización. ....</i>	<i>45</i>
<b>Capítulo III. El “nosotros” en el matrimonio: lugar de realización del amor conyugal. ....</b>	<b>46</b>
3.1 <i>El “nosotros” en el matrimonio.....</i>	<i>47</i>
3.1.1 <i>Modos de ser “nosotros”. ....</i>	<i>48</i>
3.1.2 <i>“El nosotros” fruto del amor. ....</i>	<i>49</i>
3.1.3 <i>Notas que constituyen el “nosotros”. ....</i>	<i>50</i>
3.1.4 <i>El amor conyugal en la realización del matrimonio como “nosotros”. ....</i>	<i>51</i>

3.2 <i>La norma personalista y el amor.</i> .....	55
3.3 <i>La esencia del amor.</i> .....	58
3.3.1 <i>El amor conyugal.</i> .....	62
3.3.2 <i>Reducciones del amor.</i> .....	63
<b>Capítulo IV. La “nosrealización” a través de la acción: la construcción del nosotros.</b> .....	65
4.1 <i>El nosotros conyugal desde la sobreactualidad: la respuesta al valor.</i> .....	65
4.2 <i>La entrega total por el otro nos realiza: el destino del otro es mi destino.</i> .....	66
4.2.1 <i>En la aceptación: “te acepto”</i> .....	68
4.2.2 <i>En la entrega: “me entrego”</i> . .....	70
4.2.3 <i>En la promesa: “yo te prometo”</i> . .....	71
4.3 <i>La “nosdeterminación” y la “nosrealización”</i> .....	72
<b>Conclusión.</b> .....	78
<b>Bibliografía.</b> .....	81

# LA CONSTRUCCIÓN DEL “NOSOTROS” EN EL AMOR CONYUGAL DESDE KAROL WOJTYLA

## ABSTRACT:

Este artículo aborda un tema que ha sido reflexionado por muchos autores desde diferentes puntos de vista: el “nosotros” en el amor conyugal. La justificación de este trabajo brota de una visión antropológica personalista, bajo la comprensión de Juan Manuel Burgos<sup>1</sup>, que fundamenta la construcción del “nosotros” en el amor conyugal como una manera de realización personal frente a posturas alienantes o utilitaristas. Desde esta perspectiva se analiza la estructura de la persona que aporta el personalismo ontológico moderno<sup>2</sup> de Juan Manuel Burgos y del pensamiento de Karol Wojtyla<sup>3</sup>, que ofrecen claves para profundizar el amor conyugal en el camino de realización de los cónyuges. Se trata de promover una visión de realización personal en el matrimonio no desde el individualismo sino desde una reflexión propia, en base a dicho personalismo y, especialmente, en base a Karol Wojtyla.

## Introducción.

El ser humano tiene una gran necesidad de amar y sentirse amado, de significar “algo” para alguien y de que otro “tenga significado” en la propia vida. Sin embargo, hoy se encuentran estructuras de amor en la vida conyugal que no corresponden a la verdadera realización de la persona como veremos a continuación.

---

<sup>1</sup> Personalista español. Fundador de la Asociación Española del Personalismo y la Asociación Iberoamericana del Personalismo.

<sup>2</sup> Actualmente se le ha cambiado al nombre de “personalismo integral”.

<sup>3</sup> Representante principal del personalismo polaco según la clasificación de Juan Manuel Burgos, *Introducción al personalismo* (Madrid: Biblioteca palabra, 2012).

Si el matrimonio<sup>4</sup> es un camino de realización en el amor ¿cómo es que hoy se pueden encontrar matrimonios que han perdido esperanza en el amor? Basta analizar la situación actual de los matrimonios cuyas rupturas no sólo afectan a las personas que antes decían amarse, sino que afecta también a los hijos (fruto de ese amor, de ese sí que se juraron un día) y a la sociedad. Nace la desconfianza en el matrimonio. Muchos pierden la esperanza de que la vida matrimonial pueda ser un camino de realización, de felicidad, de paz... Crece la idea de que la construcción del “nosotros” en el matrimonio es algo imposible o idealista, y permea en el comportamiento de muchas personas que el matrimonio es alienante.

Esto se debe a que prevalece en muchas personas un pensamiento individualista, en el que se exalta la realización personal sin la necesidad del otro. Para ser feliz ya no se necesita ni de la familia, ni de los padres, ni de los hermanos, ni de los amigos, ni de un compañero de vida. “Sólo tú tienes el poder de ser feliz, de romper tus propios límites, de alcanzar el éxito, de alcanzar la cima” ... Son algunos de las frases que se escuchan. Por lo tanto, nos encontramos en una sociedad desvinculada<sup>5</sup>, como la llama Josep Miró, donde el hombre quiere estar solo, pero se siente solo. Es el vacío de la vida. En otras personas prevalece también una mentalidad utilitarista-hedonista, que concibe el matrimonio sólo como un contrato o como un medio para “estar feliz”, “no sentirse solo”, “tener alguien en la vida”. Esta concepción ve al otro sólo en función de alcanzar un provecho egoísta-placentero.

Estas formas de pensar permean en la vida matrimonial. Las personas que deciden constituir un matrimonio, se comprometen, pero sin tomar en cuenta que para construir ese “hogar de amor”, hay una tarea a realizar y unas leyes que respetar. Y es cuando parece que vence el egoísmo, el orgullo, la indiferencia... porque no se ha entendido que para construir el nosotros, se necesita “salir de uno mismo”. Si no hay salida, no hay

---

<sup>4</sup> Se entiende por “matrimonio” en todo este ensayo como “matrimonio entre un hombre y una mujer”, no sólo en su sentido etimológico (mater-munium) sino desde la perspectiva de Karol Wojtyła, pues sólo se da así el don recíproco de sí de manera plena (*Amor y responsabilidad*) y de Juan Manuel Burgos (*Antropología: una guía para la existencia*, 301)

<sup>5</sup> Josep Miró, *La sociedad desvinculada* (Barcelona: Stella Maris, 2014)

construcción. Y el hecho de constituir un matrimonio, no basta con el sí que un día pactaron cuando se casaron, sino que se trata de un sí que se “actualiza” todos los días.

Es entonces, cuando nacen los problemas, las dificultades, los contratiempos, las diferencias, los diversos puntos de vista, los distintos mundos familiares... porque, aunque todo matrimonio pasa por ello, es muy distinto el modo en que se aborda por parte de quién sabe qué implica construir un matrimonio, que por parte de quién no sabe y sólo se esfuerza por ser feliz sin implicar a “otros”.

Se cree que el matrimonio es un estado que coarta la libertad. El matrimonio se convierte en prisión y no se quiere dejar la vida de “soltero” aun estando casado o simplemente no se quiere renunciar a uno mismo y se pretende que sean los “otros” que se sumen al propio proyecto personal de vida.

En el fondo del problema está la falta de una visión antropológica adecuada que plantee la construcción del “nosotros” en el matrimonio como una manera de realización personal con el “otro”: “su felicidad es mi felicidad”. Para ello, es indispensable entender y comprender que es posible la construcción del nosotros en el matrimonio sin dejar de ser uno, sin dejar de buscar la tarea de la propia realización. Se puede ser feliz construyendo el nosotros en el matrimonio. Esa es la tarea del matrimonio que lleva a la realización, a la “nosrealización”<sup>6</sup>.

En esta búsqueda de una adecuada construcción del nosotros en el amor conyugal es necesario encontrar una antropología adecuada que ayude a sustentar esta realidad. Hoy podemos encontrar estructuras de matrimonio que no son apropiadas para la construcción del ‘nosotros’ por falta de una visión antropológica adecuada. Algunas de estas estructuras no adecuadas del “nosotros” son:

---

<sup>6</sup> Término acuñado por el Dr. Miguel Jarquín en el libro “La comunicación: revelación de una existencia” (Madrid 2003) y que se utiliza en este trabajo para mostrar que todo esfuerzo que hacen los cónyuges por construir el “nosotros” es en el fondo también realización de ambos en el matrimonio.

*Un “nosotros” cosificante y utilitarista:* quien cree que el “nosotros” puede construirse sin salir de uno mismo. El otro se convierte en un medio para alcanzar su propia felicidad, gusto, proyecto o placer.

*Un “nosotros” indiferente:* construye el “nosotros” sin la “presencia”. Una relación “ausente”, quizás carcomida por la rutina, la monotonía. El que deja de cultivar el nosotros y sólo está metido en su propio mundo y planes.

*Un “nosotros” posesivo:* que a la vez se convierte en alienante, porque es tanto su fusión que cancela la individualidad del otro, que lo aliena de su verdadera realización y despersonaliza al otro. No lo deja ser y también puede ser “utilitarista”.

*Un “nosotros” afectivo:* donde se corre el riesgo de construir el nosotros sólo en la parte afectiva, específicamente del sentimiento, que lleva a una “conciencia emotiva” y pone entre líneas la perdurabilidad y estabilidad en el tiempo del nosotros, pues solo está basado en el sentimiento.

*Un “nosotros” iluso:* basado sólo en ideales que luego no se encarnan, quizás con expectativas altas y no compartidas con el “otro” que también llevan a la despersonalización.

Para dar respuesta a estas estructuras inapropiadas del “nosotros”, el personalismo ontológico moderno se nos presenta como una solución gracias a su visión antropológica, que ayuda a construir un “nosotros” que se mantiene en equilibrio, que sustenta el nosotros sin perder el carácter “personalizante” de realización de la persona.

En este sentido, uno de los pensadores del personalismo ontológico moderno que ayuda también a enriquecer y sustentar una visión antropológica adecuada de la construcción del nosotros es Karol Wojtyła. Desde su estructura de la persona en la acción se pueden vislumbrar algunas ideas o aspectos fundantes de la persona para una adecuada construcción del nosotros en el amor conyugal.



## *Objetivo*

Se trata de exponer una antropología de la persona que permita hablar de la dimensión comunitaria como algo esencial de la persona, que permita una adecuada construcción del nosotros en el amor conyugal. La conciencia del “yo” es, en el fondo, conciencia del nosotros. La realización del “yo” es también la realización de un “nosotros”.

El “nosotros” de la comunidad -las personas- que la componen es una unidad ante todo sin perder la misma individualidad de la persona en su misma autodeterminación. Y este “nosotros de la comunidad matrimonial se construye sobre todo por el amor.

Por lo tanto, un primer objetivo es mostrar la antropología personalista del personalismo ontológico moderno propuesto por Juan Manuel Burgos en sus características esenciales que sirven de elementos fundantes para tener una adecuada construcción del nosotros.

Un segundo objetivo, es mostrar que el pensamiento de Karol Wojtyla en sus obras fundamentales: *Persona y Acción*, y *Amor y Responsabilidad*, sirven de base para comprender la autodeterminación de la persona también como una “nosdeterminación”<sup>7</sup> en el amor conyugal. De su pensamiento se puede extraer una estructura del “matrimonio” en la acción. De igual manera, el pensamiento de Dietrich Von Hildebrand, en su libro *La esencia del amor*<sup>8</sup>, aporta en una adecuada construcción del nosotros en el amor conyugal.

Un tercer objetivo es llevar esta construcción del “nosotros” en el amor conyugal en la acción. Exponer cómo sería este “arte” de amar, delinear el mapa que ayuda a construir el nosotros desde esta visión personalista. Esto apunta al “hacer” de los esposos. Sin acción no se nos revela la persona, ni se autodetermina. Sin acciones, el “nosotros” no se determina ni se realiza.

---

<sup>7</sup> Así como existe una manera de autodeterminarse en la estructura personal, también existe una forma de determinación comunitaria a la que se llama “nosdeterminación”. Cuando los cónyuges construyen el nosotros en el matrimonio con acciones, no sólo se autodeterminan como sujetos en el bien, sino que también se realiza la “nosdeterminación”.

<sup>8</sup> Dietrich von Hildebrand, *La esencia del amor* (Pamplona: EUNSA, 1998)

Desde esta perspectiva el matrimonio se presenta como una realidad a construir. Más que algo enteramente acabado, es algo que se debe realizar. “Como consecuencia de la unión que han establecido, los esposos constituyen un “nosotros” – una unidad de dos- en cuyo interior cada uno de ellos deja de ser un “él” y, permaneciendo “yo” y “tú”, se convierten en un “nosotros” en el que pasan a ser el uno del y para el otro.<sup>9</sup>

## *Metodología*

Para llegar a la fundamentación de la construcción del nosotros en el amor conyugal desde Karol Wojtyła, es necesario poner las bases necesarias para comprender el pensamiento de este personalista polaco. No se trata en este artículo de ser exhaustivo en su pensamiento, sino tan solo mostrar, a modo de pinceladas, algunas de las características que ayudan a sustentar la finalidad del presente trabajo. Es decir, no se trata de exponer todo el pensamiento de Karol Wojtyła sino tan sólo aquellos aspectos que ayudan a cumplir los objetivos.<sup>10</sup>

Para ello, a través de un método expositivo (que afirma principios básicos y deduce consecuencias a partir de ellos), se reflexionará en un primer momento acerca de una antropología conyugal desde el punto de vista del personalismo ontológico moderno. Es decir, que, gracias a esta visión del hombre, y a la estructura de la persona del pensamiento de Karol Wojtyła, podemos edificar una adecuada construcción del “nosotros” en el amor conyugal.

Se aborda lo que es una antropología personalista, bajo la comprensión de Juan Manuel Burgos, y cuáles son los aportes y notas acerca de la persona, indispensables para entender cómo puede darse esa construcción del nosotros. Y concluir este primer momento con una comprensión acerca de lo que significa el amor y su papel en la realización de la persona, y del “nosotros” en el pensamiento personalista. ¿Qué papel juegan el amor y el nosotros dentro de esta visión de la persona?

---

<sup>9</sup>Augusto Sarmiento, “El «nosotros» del matrimonio. Una lectura personalista del matrimonio como «comunidad de vida y amor»” *Scripta Theologica*, [S.l.], v. 31, n. 1 (enero 2018): p. 71-102

<sup>10</sup> Para profundizar en el pensamiento de Karol Wojtyła recomiendo la obra de Juan Manuel Burgos: *La filosofía personalista de Karol Wojtyła* (Madrid: Ediciones Palabra, 2007)

En un segundo momento, se expone más detalladamente los conceptos claves del pensamiento de Karol Wojtyła, que ayudan a comprender la estructura de la persona hacia la “construcción del nosotros”. Estos conceptos sirven para sostener el camino del “nosotros” como “nosrealización”. Es decir, la realización personal en el amor conyugal se construye “junto con el otro”. Para ello, es necesario comprender cuál es la esencia del amor, desde Karol Wojtyła y de algunos aportes de Dietrich Von Hildebrand.

Por último, se exponen las deducciones de estas reflexiones en la “nosrealización” de la persona a través de la acción, lo que significa la construcción del nosotros. Es decir, en la práctica (acción) cómo debe ser esta “construcción” del nosotros.

De esta manera, se ofrece una antropología adecuada para la construcción del nosotros. En pocas palabras, es el paso de la “autorealización” a la “nosrealización”. Se puede ser feliz y realizarse en el matrimonio.

## Capítulo I. Una antropología adecuada del amor conyugal.

Es necesario presentar una antropología adecuada del amor conyugal para poder llevar a cabo la fundamentación de la construcción del nosotros en el amor conyugal, y que además se presenta como una tarea a realizar por parte de los cónyuges que han escogido el matrimonio como camino de realización.

Es indispensable esta antropología para evitar los peligros de la construcción del nosotros que no corresponden a la verdadera realización de la persona. Dice Yves Semen, estudioso del pensamiento de Karol Wojtyła:

“Si un hombre y una mujer se plantean la cuestión del matrimonio, es porque se aman -o piensan que se aman- lo suficiente para que este amor les lleve a desear comprometerse con pleno conocimiento de causa y de manera definitiva en la construcción de un hogar abierto a la vida y que construirá una familia.<sup>11</sup>

El compromiso en el matrimonio exige dos cosas: una visión de la persona, porque eso determinará su actuar; y una visión de lo que es amor y amar de verdad, porque está en juego la felicidad, no sólo de uno, sino de dos.

Esta visión antropológica indica que el amor conyugal es algo más profundo. No es sólo estar enamorados, es querer ante todo el bien del otro -su felicidad- incluso por encima de la propia. ¿Qué visión antropológica hay cuando se dice “te quiero” o “te amo”? ¿Qué hay detrás de esa promesa de amor entre un hombre y una mujer? ¿Qué es elegirse para toda la vida?

Además, el amor conyugal se revela como una entrega mutua de las personas ordenada al amor. Es el amor que corresponde en el matrimonio y por eso es el que, engloba todas las otras formas de amor: amor de atracción, de deseo, de benevolencia. ¿Qué se dice de la persona detrás de estas formas de amor?

---

<sup>11</sup> Yves Semen, *El amor en la familia* (Bilbao: Desclée De Brouwer, 2016), 11.

El amor desea conseguir la unidad. Por eso todos los que se aman con un amor compartido hablan de “nuestro amor” como de una realidad única que les pertenece a ambos. Karol Wojtyla lo describe así “numérica y psicológicamente hay dos amores, pero esos dos hechos psicológicos distintos se unen y crean un todo objetivo, en cierto modo un solo ser en el que dos personas están internadas, o tal vez mejor, integradas.”<sup>12</sup> Por ello, el amor conyugal consiste en el don de la persona. Su esencia es el don de sí mismos, de su propio “yo”. Entregarse a otro es mucho más que querer su bien, es entregarse a él. Es mucho más que entregar algo de uno mismo, es entregar lo que se es, la propia persona, entregarse al otro por completo, sin reservas, sin condición ni restricción.<sup>13</sup>

“Entregarse en el amor sponsal conduce en cierto modo a entregarse al otro, aunque sin renunciar, no obstante, a lo que uno es como persona, pues de lo contrario esta entrega quedaría en cierto modo vaciada de su sustancia: para entregarse, un acto que solo una persona puede realizar en relación con otra persona, hace falta aún ser plenamente persona, recocerse y ser reconocido como tal”.<sup>14</sup>

Por lo tanto, si el amor conyugal va dirigido a una persona, es punto fundamental el valor de la persona. Es de donde se fundamenta toda la construcción del “nosotros”. El amor es afirmación de la persona, pero ¿qué es o quién es esta persona? Si el amor no es afirmación de la persona, no es amor.

Aparece, por tanto, totalmente claro que el valor de la persona ha de ser el motivo principal de la elección<sup>15</sup>:

“La elección de la persona es verdadera cuando tiene en cuenta este valor de la persona, considerado como el más importante y decisivo. La elección de la persona amada habría de pasar por los valores sexuales sentidos y experimentados de cierta manera, pero, en definitiva, cada uno ha de elegir no tanto la persona gracias a sus valores sexuales cuanto los valores sexuales gracias a la persona”.<sup>16</sup>

---

<sup>12</sup> Karol Wojtyla, *Amor y responsabilidad* (Madrid: Ediciones Palabra, 2009), 105.

<sup>13</sup> Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, 119

<sup>14</sup> Yves Semen, *El amor en la familia*, 37

<sup>15</sup> Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, 108.

<sup>16</sup> Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, 108

¿A qué visión antropológica corresponde esta definición de amor como respuesta al valor de la persona?

### *1.1 La antropología personalista*

Muchas veces el hombre ha tratado de responder a la pregunta sobre la realidad más radical: ¿quién es el hombre? Y a lo largo de la historia ha habido muchas respuestas o interpretaciones sobre el hombre: el pensamiento griego, el pensamiento cristiano, el pensamiento moderno y postmoderno, el pensamiento contemporáneo, etc...

No habría tiempo para profundizar en cada una de estas visiones del hombre, pero vale la pena centrarnos en una visión antropológica, que sirva de base para comprender la estructura de la persona como ser “matrimoniable” y en la justificación de la “construcción” del “nosotros”. La comunidad matrimonial es una forma de ser y vivir como persona y cuya estructura y esencia se encuentra en la misma estructura de la persona.

Para ello, se ve necesario mostrar lo que aquí se entiende por “antropología personalista”<sup>17</sup>, una visión que cobra sentido para el objetivo del presente trabajo. Ya que el personalismo ontológico moderno ofrece una respuesta profunda a la misma pregunta por el ser humano, porque ahora se pregunta: ¿quién es el hombre? No es un ser o una sustancia común a las cosas que se presentan en el universo... ¡Es alguien! Y ese “alguien” tienen un nombre: persona.

Pero ahí no queda la pregunta, sino que surgen más preguntas que seguramente suscitarán más respuestas, que el personalismo tratará de responder; y, entre todas, las más elementales: ¿qué comprendemos, en este mismo sentido, por antropología personalista? ¿qué significa ser persona desde el personalismo? ¿Cuáles son sus características esenciales?

---

<sup>17</sup> La comprensión de Juan Manuel Burgos.

Responder a estas preguntas llevaría todo un tratado, sin embargo, hay una explicación mucho más extensa y detallada que puede ayudar a entender la propuesta de una antropología personalista en el manual del Dr. Juan Manuel Burgos: *Antropología: una guía para la existencia*.<sup>18</sup>

Es necesario considerar que toda buena antropología debe llevar a entender y comprender mejor al hombre no sólo desde su dimensión o expresión cultural sino también desde su dimensión metafísica y ontológica: el hombre con un sujeto, un “yo” dueño de sus propias vivencias y que permanece a través de los cambios. Pero, además, debe ser una antropología “integral” (no fragmentada), es decir debe tomar en cuenta todos los rasgos fundamentales del ser humano.

Una antropología basada en la realidad y en las reflexiones de manera sistematizada y estructurada; no sólo meras opiniones. Y basada en la experiencia (en la realidad de la vida humana). Considerando esta premisa acerca de una correcta antropología personalista, es hora de responder estas preguntas. Quizás sea un recorrido extenso, pero es importante ver las notas esenciales de la persona desde el personalismo porque para construir el nosotros será necesario considerar estas notas.

### *1.1.1 ¿Qué comprendemos por antropología personalista?*

Existe una historia de Pompeyo donde se narra que éste quería zarpar hacia Roma para llevar víveres a la ciudad que estaba desabastecida, pero a la hora de querer navegar, se dio cuenta de que los marineros no querían ir, debido a la tormenta que se acercaba y que ponía en riesgo sus vidas. Entonces los marineros recibieron a Pompeyo con los brazos cruzados. Simplemente era señal de protesta: no querían navegar. Pompeyo agarró la espada y cortó las amarras y dijo: *navigare necesse est, vivere non necesse est* (navegar es necesario, vivir no lo es).

---

<sup>18</sup> Juan Manuel Burgos, *Antropología: una guía para la existencia* (Madrid: Ediciones Palabra, 2013)

¿Qué querría decir con esto, Pompeyo? Lo que quería decir Pompeyo es que el sentido de la vida es más grande que la propia vida, vale la pena dar la propia vida para vivir la plenitud: la felicidad. Porque en la vida está en juego el destino de la persona.

Pues bien, la antropología personalista de Juan Manuel Burgos, ofrece las características necesarias para poder encontrar el sentido de la propia vida, asumiendo nuestros propios riesgos en el camino de realización del amor. Quiere decir que más allá de la obtención de unas características generales del hombre, estamos llegando a la vida misma, a la persona concreta, a la persona que se juega su vida, su “navegación” en las aguas del amor conyugal.

Esta antropología tiene como punto de partida: la persona. Esto es lo original del personalismo. Hay que considerar que el mismo concepto de “persona”, nace en un contexto cristiano y teológico, pero tiene su origen en la filosofía del “*prosopon*” del mundo griego; y la visión del personalismo le da una connotación especial y única. Utiliza un concepto de persona “moderno” que sostiene que la persona, por su dignidad, está por encima de la sociedad pero que, al mismo tiempo, tiene la obligación comunitaria. Este rasgo es importante porque de este modo se supera tanto el individualismo como al colectivismo (que ofrecían una visión reductiva del hombre). Esto último interesa porque ayudará a comprender mejor la “construcción del nosotros” donde no se caiga ni en el individualismo ni en la fusión de la individualidad como se veía en las formas inadecuadas de construir el nosotros. Burgos describe así la antropología personalista:

“Estructura radicalmente en torno a la noción de persona que es la clave de su arquitectura conceptual y, sobre esa base, desarrolla una serie de temas y perspectivas de manera original: la necesidad de elaborar categorías filosóficas específicas para tratar a la persona; la importancia radical tanto de la afectividad como de la relación que se traduce en la importancia que se concede a las relaciones interpersonales; la primacía de los valores morales y religiosos frente a un posible intelectualismo; la insistencia en el aspecto corporal y sexual de la persona que, a su vez, depende de una tematización explícita del hecho que existen dos tipos o modos de ser persona: el hombre y la mujer; la importancia que se atribuye a la dimensión social de la persona y a la acción como manifestación y realización del sujeto”.<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> Burgos, *Antropología: una guía para la existencia*, 20.



Por lo tanto, el concepto clave es el de “persona”, tal como lo había pensado el cristianismo, pero modernizado al integrar en él los interesantes conceptos desarrollados por la filosofía moderna: “conciencia”, “sujeto” y “yo”; y enfocar la explicación de la persona desde una perspectiva filosófica y no teológica.

### 1.1.2 ¿Qué significa “ser persona” desde esta visión antropológica?

La “persona” no sólo refleja el mundo interior del sujeto sino también su exterior. Julián Marías dice en un texto que es un compendio del modo de ver a la persona:

“¿Quién soy yo, que tengo que existir temporalmente en mi vida, realizarme en ella, y así hacerme? ¿Y quién, sobre todo, me liga a mi vida, me hace vivir y a la vez me da fuerzas para hacerlo? A estas últimas cuestiones tenemos que abocar, para alcanzar una comprensión suficiente del ser del hombre; la filosofía puede repetir, al cabo de mil quinientos años, las palabras de San Agustín; *mihi quaestio factus sum* (me he hecho cuestión de mí mismo); pero esta vez con una radicalidad y una integridad muy superiores, y sin que el *mihi* signifique una evasión hacia una dimensión unilateral del ente humano, a saber, la intimidad-, porque la metafísica actual sabe que en ese ego va envuelta la totalidad de la realidad del yo y del mundo en que está, y además la referencia concreta a su fundamento ontológico. Con lo cual en la aprehensión actual del tema del hombre deberán complicarse el tema del mundo y el de la referencia a la Divinidad, cifrados en la exigencia de una ontología de la persona en sentido integral y riguroso. Pero la filosofía apenas ha hecho aún más que cobrar conciencia de esta forma concreta del problema”.<sup>20</sup>

Ha habido muchas maneras de describir a la persona, después de la célebre definición de Boecio como *unidad substancial de naturaleza racional*. Aunque esta es de las mejores definiciones, no es suficiente para el personalismo.

A pesar de las bondades que ofrece esta definición clásica, es una definición limitada porque no refleja las características esenciales del ser humano como pueden ser: la libertad, la subjetividad, la temporalidad o la interpersonalidad o el ser relacional o comunitario (importante para poner de base una antropología adecuada en la construcción del “nosotros” en el amor conyugal).

---

<sup>20</sup> Julián Marías, *El tema del hombre*. (Madrid: Colección Austral, Espasa-Calpe, 1996), 25-26.

Desde esta perspectiva es imposible encerrar dentro de un par de frases la riqueza del ser personal. Por eso, se han elaborado definiciones-descripciones en las que se describe cómo es la persona, pero sin pretender agotar todas sus características ni rigor formal.

Estas definiciones-descripciones son llamadas: “notas fenomenológicas”<sup>21</sup>, que describen a la persona. A saber: *substancialidad-subsistencia* (el hombre es una realidad que mantiene una identidad o permanencia a pesar de los cambios), *intimidad-subjetividad* (la persona tiene un mundo interior exclusivo y personal distinto de su materialidad), *identidad, ser biográfico, ser corporal, espacial y temporal, ser abierto* (la persona es un ser abierto al exterior con el que se comunica a través de sus potencias y, al mismo tiempo, es un ser definido a través de su interioridad), *sexuado* (existen dos tipos de realidades personales: el hombre y la mujer, con la misma dignidad y naturaleza básica, pero, al mismo tiempo, profundamente diferentes).

Estas notas fenomenológicas demuestran la dignidad de la persona, es decir, su perfección y excelencia dentro de todos los seres que existen. La dignidad de la persona humana hace que la persona sea un valor en sí misma y que no pueda ser instrumentalizada. La persona tiene un valor en sí misma y no puede ser utilizada. La persona humana tiene un valor absoluto de donde nacen su unicidad e irrepetibilidad.

### *1.1.3 ¿Cuáles son los rasgos esenciales de esta antropología personalista?*

#### *a) El cuerpo.*<sup>22</sup>

Aristóteles decía que el objeto directo del tacto no era tanto el “objeto tocado” sino el corazón del objeto. Podríamos decir, como rasgo esencial de la persona, que cuando toco el cuerpo, toco la persona. Cuando se aborde el tema del amor o la esencia del amor, se verá que el amor es la respuesta al valor de la persona, no a sus atributos.

---

<sup>21</sup>Burgos, *Antropología: una guía para la existencia*, 44.

<sup>22</sup> Burgos, *Antropología: una guía para la existencia*, 67.

Karol Wojtyła en *Persona y acción*<sup>23</sup> hace una distinción entre lo que el hombre hace y lo que sucede en el hombre (dentro de la persona suceden cosas que no están bajo nuestro control: realidades corporales y esto refleja la estructura somática de la persona). Es decir que la dimensión biológica o corporal, es la más evidente. Pero el cuerpo es más que material, sensible y biológico. El cuerpo es un rasgo esencial de la persona. No se entiende a la persona como un ser personal, si no hay corporalidad no hay persona humana. Por lo tanto, en la construcción del nosotros en el amor conyugal no se puede olvidar o minusvalorar la dimensión corporal, que no queda reducida sólo a lo sexual, sino que también implica un modo de ser y de realización en el matrimonio. No es sólo una realización como hombre y mujer, sino también como esposo o esposa o como padre o madre. Aquí tiene sentido la visión del amor conyugal como “una sola carne”.

El cuerpo es el mismo hombre en su aparición externa. Sabemos que alguien es persona porque lo reconocemos como tal a través de su cuerpo. La persona es “alguien corporal”. Y para comprender el cuerpo “personal”, Juan Manuel Burgos habla de la “dimensión antropológica y personal del cuerpo” que son determinados aspectos del cuerpo que influyen de manera esencial en la vida.

Algunos de ellos son los siguientes: *el rostro, la belleza* (del hombre y de la mujer que repercute en el modo de vivir y en cómo nos relacionamos con los demás, especialmente con el “otro” en el amor conyugal), *el vestido* (como algo específicamente humano), *el contacto corporal* (caricia o el beso son buenos ejemplos), *el lenguaje corporal* (consiste en expresarse a través de la corporalidad) y *las diferencias esenciales entre hombre y mujer* (que se expresan también en la relación de cada uno con su propio cuerpo).

*b) La sensibilidad y las tendencias: aspecto psíquico.*

La sensación es el elemento primario en la captación del mundo, como los átomos a nivel físico: ver un color, oler un sabor, oír un sonido... Esto gracias a los sentidos.

---

<sup>23</sup> Karol Wojtyła, *Persona y acción* (Madrid: Ediciones Palabra, 2011).

Unos de carácter más objetivos (porque hay distancia entre la persona que siente y lo que se siente: vista y oído) y otros más subjetivos (porque hay “contacto” entre la persona que siente y lo que se siente): tacto, olfato y gusto.

El elemento de la sensibilidad es un elemento importante en el punto de partida del amor, porque es a través de los sentidos como se conoce al “otro” y por donde comienza también el amor de atracción que va dirigido hacia la persona.

Sin embargo, la sensibilidad no es un hecho meramente físico, sino una realidad más compleja ya que interviene el “yo” en la misma sensación: el “yo” es el que es consciente de que la persona “siente”.

Ascendiendo en las estructuras cognoscitivas humanas encontramos la memoria, responsable del almacenamiento (y posterior recuerdo) de las sensaciones y percepciones que realizamos partiendo de la experiencia. La memoria es el órgano de la identidad. Es el mecanismo de identidad porque nos dice quiénes somos nosotros; por eso, cuando una persona pierde la memoria, pierde la conciencia de su identidad. Por eso, es importante cultivar la “memoria” en el matrimonio (su historia) para no perder la identidad de quiénes son en el matrimonio: recuerdos, vivencias, aventuras, luchas...

Así pues, la memoria juega un papel importante en la construcción del nosotros ya que es a través de ella que se escribe la biografía del nosotros, que está lleno de encuentros y experiencias.

Lo que sigue a la memoria, lo llamamos: *imaginación*, que es el último componente de la sensibilidad. Es un conocimiento representativo que reproduce interiormente un objeto independientemente de su presencia física”<sup>24</sup>. Cabe señalar también su importancia para la construcción del nosotros en la elaboración y renovación del proyecto común y que muchas veces necesita de ingenio y creatividad.

---

<sup>24</sup> Burgos, *Antropología: una guía para la existencia*, 100.

Aparecen finalmente, las tendencias humanas, que son potencias dinámicas mediante las cuáles la persona reacciona (aceptando, rechazando, persiguiendo) ante lo que descubre en su entorno. Son las responsables del comportamiento activo humano antes las necesidades y deseos básicos: alimentos, protección, impulsos sexuales, agresividad, etc.

Hay que aclarar que son comportamientos humanos que no pueden ser identificados con los instintos animales. Estos últimos son: automáticos, estereotipados e innatos y específicos. En el caso del hombre, toma un papel importante la libertad, que muestra el carácter trascendental de la persona que aborda Karol Wojtyla en *Persona y Acción*. Estos comportamientos humanos también contribuyen en la construcción del nosotros en su lectura personalista e integrativa.

### *c) La afectividad.*

La afectividad no es la inteligencia ni la voluntad, es algo distinto. La afectividad es lo más profundo del sentido de la realidad. Es algo que se había perdido y poco profundizado como rasgo esencial de la persona. Uno de los personalistas que abordan este tema es Dietrich Von Hildebrand<sup>25</sup>.

Es fundamental darse cuenta de que los sentimientos constituyen una parte esencial de la persona. Los sentimientos no afectan solo a la parte psíquica de la persona, sino que también tienen una dimensión espiritual. A veces querer explicar la afectividad no es sencillo, porque hay vivencias complejas que no pueden reducirse a hechos volitivos o cognoscitivos (como lo es por ejemplo el enamoramiento o incluso el mismo amor: el corazón tiene sus razones<sup>26</sup>).

Esto es muy significativo porque confiere una dignidad grande a la dimensión afectiva, imposible de alcanzar si la limitamos con lo que nos gusta o nos apetece sensiblemente. En el tema del amor conyugal es importante considerar la parte afectiva,

---

<sup>25</sup> Dietrich Von Hildebrand, *El corazón* (Madrid: Ediciones Palabra, 2004).

<sup>26</sup> Frase célebre del filósofo Blaise Pascal en *Pensamientos* (Madrid: Alianza Editorial, 2009).

pero también tomar en cuenta que existe el peligro de reducir la experiencia del amor a algo sólo afectivo. La afectividad cobra sentido si el amor va dirigido al valor de la persona.

Los sentimientos son algo distinto tanto de la voluntad como del conocimiento, es decir, se trata de una realidad originaria del ser humano no reducible a ninguna otra. Esto nos lleva a afirmar que la afectividad tiene tres niveles: corporal, psíquico y espiritual.

La afectividad requiere necesariamente de la expresión. Hay que considerar la interpretación, y esta interpretación, o la misma expresión, es individual, personal e incluso cultural. También es un elemento clave a considerar en la construcción del nosotros porque en el amor conyugal será necesario expresar el amor al “otro”, no sólo con palabras sino también con acciones concretas que definen el arte de amar. Aunque también tiene que considerarse y estar a la escucha del mundo afectivo del “otro” que es distinto por ser personalizante.

#### *d) Inteligencia.*

Clásicamente se decía que el alma humana era de algún modo todas las cosas. Sin embargo, Juan Manuel Burgos entiende el conocimiento como posesión intemporal e inmaterial de la realidad. Es la capacidad que tiene la persona de salir de sí misma, trascendiéndose, de acceder al mundo que lo rodea, comprenderlo y poseerlo de modo inmaterial. Mediante el conocimiento, en efecto, de modo misterioso pero real, el hombre sale de sí mismo y “llega a ser otras cosas” ... sin serlo. Con la inteligencia, el conocimiento humano adquiere su plenitud y alcanza el máximo de su perfección.

Las características principales que lo diferencian y lo colocan por encima de la sensibilidad son la inmaterialidad (espiritualidad y trascendencia) y la reflexividad (autoconocimiento). El hombre es capaz con su inteligencia de “trascender” la sensibilidad para llegar a la esencia de las cosas. En el caso del amor conyugal, lo lleva al conocimiento y reconocimiento del valor de la persona del otro.

La inmaterialidad y la reflexividad conducen a afirmar la espiritualidad de la inteligencia y de la persona que la sustenta, y que hay que entender como un modo de ser superior a la corporalidad o a la materialidad. De este modo, la persona es capaz de salir de sí mismo y acceder al mundo, de introducirlo dentro de sí sin transformarse en él. La inteligencia es una de las ventanas donde se revela la misma espiritualidad del hombre.

Con el intelecto “interpretamos” la realidad, que muestra tanto su carácter subjetivo sin dejar de ser objetivo. Esto es importante para la comprensión de la construcción del nosotros en el amor conyugal porque uno tiene que estar abierto y a la escucha del otro en el modo en que interpreta la realidad del día a día del matrimonio. Los sujetos son distintos, ven el mundo con distintos ojos y desde distintas perspectivas. Aunque lo que quieren sea lo mismo (objetividad), lo quieren de maneras distintas (subjetividad). Esto acontece en la realización del proyecto común.

Gracias a la inteligencia se accede a la verdad: el hombre puede conocer la verdad. Esto tiene una implicación importante en lo antropológico (saber la verdad del hombre), y en lo ético (el hombre se realiza en la verdad). El hombre tiene acceso a una verdadera realización a través de la trascendencia de la acción en el bien y la verdad.

Es verdad, que existe un debate o un problema sobre “la verdad”. Aunque la definición de verdad se traduce como “*adaequatio rei et intellectus*”, esta antropología personalista la define como “adecuación entre mente y realidad” (habría que distinguir entre “mente” (juicio) e “intelecto”, y “cosa” y “realidad”. Se habla de mente por el juicio y de realidad porque es más compleja que la “res” aristotélica).

No es el tema del presente trabajo, pero sí es importante afirmar que la verdad es posible a pesar de que haya muchas maneras de acceder a la verdad. Por eso es indispensable el diálogo. El diálogo tan indispensable en la vida matrimonial en la construcción del proyecto común. Es un “hacerse” que puede tener muchos caminos, pero un mismo destino.

El conocimiento de la verdad forma parte del proyecto que cada persona quiere forjar de sí mismo. Por eso, nunca es algo neutro que implique solo a la inteligencia: es una actividad de la persona que requiere actitudes específicas para que se culmine con éxito: disposición de aprender, esfuerzo y perseverancia, atención, etc. Todo esto también son elementos claves a la hora de establecer el diálogo conyugal como un medio para construir el nosotros en el amor conyugal.

*e) La libertad.*

Se tiene la tendencia a entender la libertad como apertura a la realidad, o como libertad de elección, pero ambas explicaciones, aunque verdaderas, son limitadas. Karol Wojtyła, en su libro *Persona y acción*, ha dado una explicación mucho más completa y adecuada: la libertad consiste en el dominio de sí y la autodeterminación a través de la elección, es decir, en el poder de decidir qué es lo que queremos ser a través de nuestras elecciones. Este tema se abordará más adelante cuando se desarrolle el tema de la autorealización de la persona en la acción. Sólo es importante mencionar que para Karol Wojtyła la libertad es autodeterminación a través de las elecciones (no sólo se queda en la elección).

La libertad no sólo es la exterioridad sino también la interioridad. Una cosa es elegir y la otra son las consecuencias en la persona (lo que autodetermina a la persona). La libertad es “poner algo en la existencia”. Gracias a la libertad, en efecto, se decide qué es lo que se quiere ser, uno se hace dueño de su propio destino.

La experiencia de la libertad se concreta en la causalidad de la acción. El “yo quiero” o “no quiero” es igual al “yo soy el origen de las acciones”. Ni siquiera Dios puede intervenir. La acción muestra el carácter dinamizador del sujeto; por eso, en el hombre, no hay respuestas automáticas como el instinto de los animales, sino libertad. Aquí radica su dignidad. Esta es la experiencia fundamental de la libertad.



El ejercicio de la libertad consiste en entender que la autorealización de la persona es a través de su libertad. El ejercicio de la libertad tiene un objetivo alcanzar la felicidad de la persona y su mayor desarrollo humano posible. Por eso, se puede afirmar que, en cierto sentido, la libertad no es un fin en sí misma; es decir, que se es libre para poder determinar el propio camino y lograr la plenitud existencial.

Existen dos vías fundamentales para lograr esa autorealización: la existencial (el camino personal que forjamos con nuestras decisiones) y la ética (es la vía moral, la de llegar a ser una “buena” persona).

Debido a que el hombre no es un ser aislado y vive en sociedad, el ejercicio de su libertad puede estar condicionado de manera significativa por su entorno social. Aspecto que resultará interesante a la hora de abordar la cuestión del “nosotros” en el amor conyugal que en ningún momento elimina la libertad individual de las personas, pero que la obliga a realizar acciones coherentes respecto a la persona a la que va dirigido el amor.

*h) El “yo” personal.*

El “yo” sintetiza y unifica todas las estructuras que se han visto hasta el momento: la corporalidad, la sensibilidad y las tendencias, la afectividad, la inteligencia y la libertad. Esto es así porque la persona no es un conjunto de estructuras inconexas sino una realidad compleja y multiforme pero unitaria e integrada por un centro sintetizador responsable de todo el conjunto.

La conciencia es el camino que nos lleva al yo, porque es la estructura antropológica que da cuenta de nuestro mundo interior, de ese espacio al que llamamos subjetividad y en la cima del cual se alza el yo. Por eso, es preciso considerar las dos dimensiones de la conciencia: “ser consciente de los propios actos” y “vivirse a sí mismo” (conciencia y autoconciencia).

Autodeterminarse solo es posible si se entiende la conciencia como vivirse. La elección está ligada al “darse cuenta de” y la autodeterminación está ligada a vivirse a sí mismo, a la “vivencia de”.

Hay que señalar que, si bien el yo es algo decisivo en la persona humana, lo es como parte de ella. La persona es el todo del hombre y, sólo en ella el “yo” tiene su lugar y existencia. Es decir, que la persona es el núcleo y centro de la autoconciencia y la autodeterminación.

Hasta aquí se ha “navegado” brevemente en esta antropología personalista, como una manera de encontrar sentido a la vida; pero también como un camino para llegar a la comprensión de una antropología adecuada en la construcción del “nosotros” en el amor conyugal.

A través del saber *quién soy* no sólo se da una respuesta antropológica, sino que damos una razón del sentido de la propia vida inmerso en una “comunidad de personas”. La persona es el centro de la antropología personalista pero también es el centro de una antropología matrimonial y familiar. La persona es un ser digno de sí mismo que necesita entregarse a los demás para lograr su perfección, dinámico y activo, capaz de transformar el mundo y de alcanzar la verdad; es un ser espiritual y corporal, poseedor de una libertad que le permite autodeterminarse y decidir en parte no sólo su futuro, sino su modo de ser, enraizado en el mundo de la afectividad y destinado a un fin trascendente.

## *1.2 Aportes de Karol Wojtyla a esta visión antropológica.*

Karol Wojtyla es el representante principal del personalismo polaco. Elaboró un pensamiento rico, profundo y original. La estructura de la persona en Karol Wojtyla se hace ver en las dos principales obras: *Amor y Responsabilidad*, y *Persona y acción*. Pero, en especial, en *Persona y Acción*. Karol Wojtyla interpreta la condición humana desde la experiencia propia del hombre.

*Persona y acción* comienza con una larga y rica introducción en la que se reflexiona sobre la naturaleza de la experiencia humana y sobre cómo conocen los seres humanos el mundo y la verdad de las cosas. Muestra cómo el pensamiento sobre el mundo y sobre el mismo hombre ayuda a entender a éste como “persona”. Mientras hay cosas que “suceden”, hay otras experiencias en las que se sabe que se está tomando una decisión y actuando según esta.

En tales experiencias, se llega a conocer a sí mismo, no como un revoltijo de emociones y percepciones sensoriales, sino como una persona, un sujeto, según la expresión clásica, la “causa eficiente” de las acciones. Es el “yo” quien actúa y se actualiza. Ciertas cosas en el hombre no suceden simplemente, sino que se reconoce como sujeto de la acción. Hace que las cosas sucedan porque ha tomado una decisión y actúa libremente de acuerdo con ésta.

Wojtyla muestra entonces cómo, en la acción moral, ese alguien empieza a experimentar su propia trascendencia de él o de ella. Al elegir un acto, se está eligiendo libremente lo que es bueno. En esa libre elección también se está ciñendo a lo que se sabe que es bueno y verdadero. Se elige a sí mismo en el ámbito de lo bueno y verdadero. Y en la libre elección de lo bueno y verdadero se puede discernir la trascendencia de la persona humana. A través de esa libertad se estrecha el abismo entre la persona que se es y la persona que se debe ser.

La libertad, según una moderna interpretación, es la autonomía radical: “soy un yo porque mi voluntad es el principal punto de referencia para mi elección”. Wojtyla no está de acuerdo con esta interpretación. Según él, el autodomínio, y no la autoafirmación, es indicativo de una verdadera libertad humana. Y el autodomínio se logra no reprimiendo o suprimiendo lo que en uno mismo es natural, sino al canalizar adecuadamente y libremente los instintos naturales en acciones que profundicen la humanidad.

En la acción moral se halla el centro de la persona humana, el núcleo de nuestra humanidad, pues es en la acción moral que la mente, el espíritu y el cuerpo llegan a formar la unidad de una persona.

El individualismo radical supone una visión inadecuada de la persona humana, porque sólo se crece en la propia humanidad a través de la interacción con otros. El colectivismo no es realizable porque despoja a la persona de la libertad, y, por tanto, de su propia condición de persona.

Por lo tanto, comprendiendo los aportes que Karol Wojtyła da sobre la estructura de la persona, se puede llegar a una visión justa en la construcción del nosotros que no se radicalice ni en un individualismo ni en una “fusión” o “colectivismo”.

### *1.3 El amor en Karol Wojtyła.*

El amor es esencial para la vida. Se trata de una realidad al margen de la cual la misma vida carece de sentido. El amor hace grande la vida abriendo para ella un sentido en el que construir la propia historia.<sup>27</sup> Es decir, la experiencia universal de que el amor es necesario para la vida reclama la cuestión sobre esa realidad que se llama amor.

“El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”.<sup>28</sup>

Las enseñanzas de Karol Wojtyła, en el conjunto de sus publicaciones, constituyen una luz para penetrar en los entresijos de estas cuestiones. Para Karol Wojtyła existe una verdad del amor, que es posible reconocer y que se desvela en la “experiencia amorosa”. Es decir, el amor se revela, se da a conocer en la experiencia, en el encuentro interpersonal.<sup>29</sup>

El amor es un misterio más hondo de lo que el sentimiento transmite: remite a un principio originario que precede al encuentro y que es más profundo que la propia conciencia. Entrar en la grandeza de esta experiencia implica abordar el nivel afectivo del amor. El encuentro del hombre y de la mujer, en su dimensión afectiva, genera el deseo

---

<sup>27</sup> Karol Wojtyła, *Los jóvenes y el amor* (Madrid: Ediciones Encuentro, 2018), p. 10.

<sup>28</sup> Juan Pablo II, *Carta encíclica Redemptor hominis*, (Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana, 1979) n. 10.

<sup>29</sup> Wojtyła, *Los jóvenes y el amor*, 13.

que es siempre intencional, pues está relacionado con un bien que se experimenta como conveniente.

La unión afectiva que se actualiza en el encuentro interpersonal apunta a la unión real, pero no la realiza ni la justifica por sí misma, pues está en relación con el nivel antropológico del amor que se sitúa siempre ante otra persona. Porque la experiencia amorosa no es una especie de vaga intuición, sino un hecho que permite poner nombre y rostro al amor: es bueno que tú existas, es bueno que estés en el mundo.<sup>30</sup>

El amor humano se encuentra orientado hacia la comunión de personas. La pasión, el deseo, el sentimiento ... son una maravillosa chispa inicial que forman parte de la verdad del amor, pero no pueden explicarlo en su totalidad.<sup>31</sup>

El amor no se puede reducir a un sentimiento que va y viene. Tiene que ver con la afectividad, pero para abrirla a la persona amada e iniciar un camino, es necesario salir del aislamiento del propio yo para encaminarse hacia la otra persona para construir una relación duradera. El amor tiende a la unión con la persona amada. Y así se puede ver en qué sentido el amor tiene necesidad de verdad. Sólo en cuanto está fundado en la verdad, el amor puede perdurar en el tiempo y permanecer firme para dar consistencia a un camino en común.

### *1.3.1 El amor y la verdad.*

Si el amor no tiene que ver con la verdad, está sujeto al vaivén de los sentimientos y no supera la prueba del tiempo. El amor verdadero, en cambio, unifica todos los elementos de la persona y se convierte en una luz nueva hacia una vida grande y plena.

Sin verdad, el amor no puede ofrecer un vínculo sólido, no consigue llevar al “yo” más allá de su aislamiento, ni librarlo de la fugacidad del instante para edificar la vida y dar fruto.

---

<sup>30</sup> Wojtyła, *Los jóvenes y el amor*, 16

<sup>31</sup> Benedicto XVI, *Carta encíclica Deus caritas est* (Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana, 2005), 17.

### 1.3.2 Construir una historia de amor.

La experiencia amorosa en su dimensión afectiva es un camino de acceso a la fuente del amor. Es lugar de conocimiento de sus significados profundos y plenamente antropológicos al tiempo que no se agotan en ella, pues se abre a la tarea de construir una historia de amor que implica a la persona y su vida.

La tarea de construir una historia de amor, según Karol Wojtyła, es la experiencia amorosa que se actualiza en el encuentro entre el hombre y la mujer y que otorga, desde su origen, un horizonte de una promesa de plenitud. Esta tarea de construir la historia de amor en un nosotros supone la implicación personal mediante elecciones y acciones concretas. Es el arte de amar. El amor para que sea verdadero tiene que realizarse.

Karol Wojtyła decía: “el amor nunca es una cosa preparada y sencillamente ofrecida a la mujer o al hombre, sino que ha de ir elaborándose. En cierta medida, el amor nunca “es”, sino que “va siendo”, a cada momento, lo que de hecho le aporta cada una de las personas y de acuerdo con la profundidad de su compromiso.”<sup>32</sup>

El don del amor abre un camino y otorga la fortaleza para recorrerlo, haciendo posible y sosteniendo la promesa que genera. Es un don que hace posible implicarse existencialmente en la consecución de una tarea. El don del amor reclama la tarea de amar, de adherirse a una promesa común en la que no sólo se encuentran implicadas las posibles ilusiones, esperanzas y proyectos, sino la propia persona y la responsabilidad ante el otro.<sup>33</sup>

La verdad del amor implica la llamada a formar una comunión. En este marco el sentimiento y la emoción son integrados en la dinámica de la construcción de una verdadera historia de amor en la que el hombre y la mujer están radicalmente implicados en la tarea de generar una auténtica comunión de personas. Podría entenderse la

---

<sup>32</sup> Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, 171

<sup>33</sup> Wojtyła, *Los jóvenes y el amor*, 20

“comuni3n” en el sentido de “hacer cosas juntos” o “vivir en com3n” uno al lado de otro.<sup>34</sup>

Pero esto, que ciertamente forma parte de la comuni3n, no agota su significado. Hay algo m3s: supone una reciprocidad mediante la cual el hombre y la mujer implicados se afirman como tales, en la entrega mutua de s3 mismos al otro para siempre.

### *1.3.3 El desaf3o del amor.*

El amor implica una “responsabilidad relacional”: que es la capacidad personal de ejercer la libertad de manera responsable. Es decir, de reconocer el bien y elegirlo, construyendo as3 acciones adecuadas al bien de las personas. Actuar de manera responsable implica la capacidad de reconocer al otro y de responder de modo adecuado al bien en s3 mismo. Este es el desaf3o del amor y del amor conyugal.

“El amor se convierte en el banco de prueba de la libertad porque, m3s que cualquier otra expresi3n humana, pone en juego toda la persona. Solo el ser humano ama en cuanto que solo la humanidad sabe ir m3s all3 del ciego instinto expresando la afectividad no como pura pasividad, sino como la responsabilidad que brota del reclamo que el “otro” ejerce sobre nosotros.<sup>35</sup> “El amor es un continuo desaf3o que nos lanza Dios, y lo hace, tal vez, para que nosotros desafiemos tambi3n el destino”.<sup>36</sup>

### *1.4 La construcci3n del “nosotros”<sup>37</sup> y el amor.*

Es importante se3alar que cuando hablamos de la construcci3n del nosotros, no se refiere al “nosotros” ontol3gico, sino al “nosotros” que se construye en el amor conyugal con acciones concretas (b3squeda del bien del otro y bienes para el otro). Se podr3a decir, que se trata de la tarea moral de “realizar” y “actualizar” ese nosotros, ya constituido en el matrimonio. O, dicho de otra manera, se hace referencia al nosotros que se construye en el orden del obrar.

---

<sup>34</sup> Wojtyla, *Los j3venes y el amor*, 20

<sup>35</sup> Wojtyla, *Los j3venes y el amor*, 31

<sup>36</sup> Karol Wojtyla, *El taller del orfebre* (Madrid: BAC 2005), 81.

<sup>37</sup> S3lo se presentar3 en este apartado la perspectiva que se quiere dar a la “construcci3n del nosotros”. M3s adelante se abordar3 con mayor profundidad.

La persona se realiza mediante el amor. La afirmación de la persona por sí misma y el don sincero de sí mismos, no sólo no se excluyen mutuamente, sino que se confirman y se integran de modo recíproco. El hombre se afirma a sí mismo de manera más completa dándose. Ésta es la plena realización del mandamiento del amor. La persona se realiza plenamente solo mediante el amor. Por tanto, la cuestión de “hombre como persona” implica la necesidad de afrontar el “problema del amor”.<sup>38</sup>

“El amor está muy cercano a la trascendencia; es tan solo otro nombre del impulso creativo, y, por lo tanto, está cargado de riesgos, ya que toda creación ignora siempre cuál será su producto final. En todo amor hay por lo menos dos seres, y cada uno de ellos es la gran incógnita de la ecuación del otro. Eso es lo que hace que el amor parezca un capricho del destino, ese inquietante y misterioso futuro, imposible de prever, de prevenir o conjurar, de apresurar o detener. Amar significa abrirle la puerta a ese destino, a la más sublime de las condiciones humanas en la que el miedo se funde con el gozo en una aleación indisoluble”.<sup>39</sup>

Se necesita de mucha valentía para entrar en una relación de pareja. Y se requiere coraje porque el riesgo es alto, porque no hay mapas sobre cómo orientarnos por el corazón y la vida de la otra persona.

Para Eric Fromm, la fenomenología del amor y el “*nosotros*” surge de la experiencia de “separatividad”, pues la persona para salir de esta situación de aislamiento busca el amor y el encuentro:

“El hombre está dotado de razón, es vida consciente de sí misma; tiene conciencia de sí mismo, de sus semejantes, de su pasado y de las posibilidades de su futuro. Esa conciencia de sí mismo como una entidad separada, la conciencia de su breve lapso de vida, del hecho de que nace sin que intervenga su voluntad y ha de morir contra su voluntad, de que morirá antes que los que ama o estos antes que él, la conciencia de su soledad y su "separatividad", de su desvalidez frente a las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad, todo ello hace de su existencia separada y desunida una insoportable prisión (...). La vivencia de la separatividad provoca angustia; es, por cierto, la fuente de toda angustia. Estar separado significa estar aislado, sin posibilidad alguna para utilizar mis poderes humanos. De ahí que estar separado signifique estar desvalido (...) significa que el mundo puede invadirme sin que yo pueda reaccionar. Así, pues, la separatividad es la fuente de una intensa angustia”.<sup>40</sup>

---

<sup>38</sup> Pilar Ferrer, *Persona y amor* (Bilbao: Grafite Ediciones, S.L, 2005), p.17

<sup>39</sup> Zigmun Baumann, *Amor líquido* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económico, 2007), 21.

<sup>40</sup> Eric Fromm, *el arte de amar* (Madrid: Paidós, 2014), p. 18-19



Y esta búsqueda de encuentro se basa en que la persona es un ser con “otros”. Esto quiere decir abierto al mundo y a las demás personas. Es la relación con el “tú” que me ayuda a definirme y a encontrarme a mí mismo. De esta interacción surge igualmente el “nosotros”.

Martín Buber arguye que el “yo” y el “tú” son palabras derivadas de la palabra primaria yo-tú. Para él, una palabra primaria es la que expresa la manera como nos relacionamos mutuamente. Decir “yo” es reconocer implícitamente el “tú” del cual el “yo”, al afirmarse, se distingue.

De esta manera, antes que el “yo” o el “tú”, tomados separadamente, está el “yo-tú” como realidad comunitaria y social que hace posible la personalidad individual. La persona se realiza, entonces, en la comunicación que no es nada distinto a una relación con sentido. Una relación humana. Una relación social. Una relación recíproca.

El misterio de la existencia del varón y de la mujer manifiesta que la persona no puede vivir sola, que el varón está hecho para la mujer y la mujer para el varón, y que en esta relación recíproca ambos se plenifican y se perfeccionan en el amor.

¿Cuándo surge el nosotros? *El amor se genera cuando atrae el valor de la persona amada:* se ha reflexionado mucho sobre el origen del amor. Se ha cuestionado qué llega primero: si el amor o la conciencia del valor de la otra persona. Siempre el afecto hacia alguien encierra en todas sus formas una percepción del valor de la persona. Quizás al inicio –en el enamoramiento- puede deslumbrar algo que uno no sabe qué cosa es: el aspecto físico o la personalidad del otro. Pero lo decisivo para quererla es el conocimiento del valor de la persona.

Para Von Hildebrand, el amor siempre abarca la conciencia de la excelencia de la persona amada. Uno le encuentra una belleza particular, quizás solo reconocida por quien ama, sintiendo que toda la fuerza de atracción brota de ella.

Se considera a la persona bella en sí misma, y esto incluye obviamente sus cualidades, pero no se reduce a ellas, pues también implican los defectos y las

fragilidades. Es una belleza que no es cuantitativa. Se siente unida a esa persona como tal, por ser digna de amor. Y esta donación de valor se coloca como el fundamento del amor. El amor surge cuando el amado está siempre presente dentro de mí. Es la presencia del otro el que va construyendo el “nosotros”.

## Capítulo II. La autorealización de la persona a través de la acción: la autodeterminación y la autorealización.

Karol Wojtyla fundamenta su pensamiento en el concepto “junto con los otros” para abordar la noción de participación. Para Karol Wojtyla, la participación es la propiedad que permite al hombre actuar “junto con los otros”, y solamente una participación que respete el valor de la persona humana será capaz de realizar a la persona en la realización de la acción junto con los otros.<sup>41</sup>

Las categorías participación, autoposesión, trascendencia, integración, valor personalista de la acción, autorealización, autodeterminación de la persona y autodominio son fundamentales porque muestran la presencia de la persona humana en la acción.<sup>42</sup>

Como anota el Dr. Rodrigo Guerra: “la autoconciencia, la autoposesión y la participación en una común humanidad nos muestran que existe un tipo de ente sustantivo irreductible a otros *supposita*, un *suppositum* propiamente humano, con características peculiares”.<sup>43</sup>

Conviene mostrar cuáles algunos de los conceptos esenciales del pensamiento de Karol Wojtyla en su libro *Persona y acción*.

### 2.1 La participación.

La participación auténtica es la capacidad de poder realizarse la persona a través de la acción “junto con los otros”, ya que no toda acción “junto con los otros” es participación, sino sólo la que lleva a la realización de la persona, por lo que tiene que tener en cuenta su subjetividad y no sólo los resultados externos.<sup>44</sup>

---

<sup>41</sup> Cipriano Sánchez García, *Junto con los otros* (México, D.F.: Rodinia Editores México, 2015), p. 85.

<sup>42</sup> Sánchez, *Junto con los otros*, 86.

<sup>43</sup> Rodrigo Guerra López, *Afirmar la persona por sí misma* (México: CNDH, 2003), p. 84.

<sup>44</sup> Wojtyla, *Persona y acción*, 25.

Es necesario confirmar que la acción posee un valor personalista, pues esto es lo único que realiza la persona. Para Karol Wojtyła el valor personalista de la acción incluye los rasgos que permiten descubrir, en la acción, la estructura de la persona.

La participación corresponde a la trascendencia y la integración de la persona en la acción como la propiedad que permite al hombre actuar “junto con los otros” y que, por eso mismo, realiza a la vez el auténtico valor personalista de la acción: realiza la acción y se realiza en ella.<sup>45</sup>

## *2.2 El valor personalista de la acción.*

El criterio del valor personalista de la acción es de un profundo “valor hermenéutico” para Wojtyła, pues le sirve para determinar la autenticidad de algunas actitudes que son parte del actuar “junto con los otros” o “junto con el otro”.

Para determinar el valor personalista de la acción es necesario comprobar la presencia de la trascendencia, la integración y la autodeterminación: el valor personalista está inscrito en la misma realización de la acción de la persona, en el propio hecho de que el “hombre actúa” de un modo que le es propio.

“Y puesto que ese actuar tiene el carácter de una auténtica autodeterminación, en la que se realiza la trascendencia de la persona, lo que (...) lleva consigo la integración tanto en el campo somático humano como el psíquico. El valor personalista que se encuentra sustancialmente en el hecho de la realización de una acción por la persona encierra un conjunto de valores referentes al perfil de la trascendencia o al de la integración”.<sup>46</sup>

Si la acción que sale de la persona, o en la que interactúa no mantiene el valor personalista, dicha acción resultará alienada respecto de la persona. Si la acción pierde la dimensión personalista, pierde también la jerarquía interna de sus valores.

---

<sup>45</sup> Karol Wojtyła, *El hombre y su destino* (Madrid: Ediciones Palabra, 2005), p. 289.

<sup>46</sup> Sánchez, *Junto con los otros*, 92.

Es la trascendencia, con sus funciones de autodeterminación y de realización, lo que cualifica el valor personalista de la acción como criterio de autenticidad, en tanto que dichas funciones son contenidas y expresadas. Una acción que negase, limitase o debilitase la trascendencia personal al renunciar a la realización de sí mismo estaría permitiendo que tal acción arrebase, por así decirlo, la persona a la persona misma.<sup>47</sup>

La persona se realiza a sí misma cuando realiza una acción. El valor de la persona consiste en que en la acción la persona se actualiza a sí misma, expresando de esa manera su específica estructura básica de *autoposesión* y *autodominio*.

El simple hecho de llevar a cabo una acción implica un valor personalista en el que se realiza la trascendencia de la persona por medio de su actuar. Es la autodeterminación del propio yo. El valor personalista no es todavía ético en sí mismo, pero al brotar de la profundidad dinámica de la persona, revela y confirma los valores éticos y por tanto permite comprenderlos mejor en su correspondencia estricta con la persona y con todo el “mundo de las personas”.<sup>48</sup>

Para Karol Wojtyła la visión personalista es el principio supremo de los actos humanos, según el cual: “todo el obrar del hombre en cualquier campo debe ser adecuado a la relación con la persona, que es fundamental en el obrar humano.”<sup>49</sup>

“El obrar del hombre en el último análisis no es ante todo la realización del mundo, sino la realización de sí, de la humanidad y de la persona (...) en los propios actos todo hombre contribuye en primer lugar, a la realización del mundo de las personas en un sentido positivo o negativo. El hecho de que el obrar humano sea en notable medida un co-obrar (obrar junto con otros) contribuye aún más a poner de relieve la norma personalista”.<sup>50</sup>

El valor personalista de la acción está en la misma realización de la acción por parte de la persona, en el hecho de que el hombre actúa del modo que le es propio, es

---

<sup>47</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 410-411.

<sup>48</sup> Sánchez, *Junto con los otros*, 95.

<sup>49</sup> Wojtyła, *El hombre y su destino*, 291.

<sup>50</sup> Wojtyła, *El hombre y su destino*, 291.

decir, con carácter de autodeterminación auténtica para la trascendencia de la persona, lo que lleva consigo la integración en el campo somático humano y en el psíquico.<sup>51</sup>

“En la norma personalista de la acción se expresa la singular dignidad que la persona posee por haber sido constituida como fin. Toda norma posterior en el orden moral y aun en el orden jurídico no es más que la refracción del único imperativo que de manera principal se refiere al bien de la persona. Así el valor personalista de la acción fluye de la interioridad de la persona, la revela y la confirma, y permite entender mejor los valores éticos en su estricta relación con ella y con la totalidad del mundo de las personas”.<sup>52</sup>

### 2.3 *La trascendencia.*

La trascendencia es el punto central de la antropología de Karol Wojtyła, porque es el ámbito en el que el ser humano se supera a sí mismo, muestra su dimensión persona, más allá de lo material, dentro de la experiencia concreta del actuar. La trascendencia es un rasgo que la persona descubre al “superarse” en la acción y “verse” a sí misma como la causa que la origina y distinta de esta.

“El sentido de la palabra trascendencia se encuentra enmarcado en un conjunto más amplio de fenómenos que también pueden ser calificados de seis modos, aunque con diversos matices: 1) La trascendencia de la persona puede sostenerse al afirmar la irreductibilidad de ella a cualquier cosa o a cualquier semejante. En este sentido decimos que la persona es trascendente respecto de todo ente. 2) La irreductibilidad de la persona a ser comprendida categorialmente también nos permite hablar de la persona con una realidad “trascendental”. 3) La capacidad de la persona para alcanzar -no sólo cognoscitiva sino también volutativamente, de manera intencional- la realidad en sí y sus propiedades trascendentales es un tipo de trascendencia que podemos calificar de horizontal. 4) La capacidad de la persona de ir más allá de sí a través de la transformación del mundo y el establecimiento de las relaciones personales es la trascendencia cultural. 5) La capacidad de la persona de ir más allá de sí al descubrir el significado definitivo de la existencia es la trascendencia religiosa. 6) La trascendencia de la persona en la acción que indica la superioridad del sujeto como yo, es decir, como sujeto que auténticamente es causa de su propia acción, es la que podemos denominar trascendencia vertical. Este último es un significado profundamente antropológico de la palabra trascendencia que se encuentra vinculado con todos los otros arriba mencionados y que deseamos destacar particularmente, ya que parece emerger como un dato esencial en la revelación de la experiencia del humanum”.<sup>53</sup>

---

<sup>51</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 379-380.

<sup>52</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 383.

<sup>53</sup> Guerra, *Afirmar la persona por sí misma*, 93-94.

La trascendencia permite al ser humano descubrirse como una tarea por llevar a cabo a través de sus actos, sus decisiones interiores y conciencia: “se revela a sí mismo como aquel que es continuamente dado a sí mismo como tarea, que debe confirmar, verificar y, en cierto sentido, conquistar la estructura dinámica del propio yo que le es dada como autoposesión y autodomínio... En la experiencia de autoposesión y de autodomínio del hombre experimenta el hecho de ser persona y sujeto.”<sup>54</sup>

La trascendencia pertenece a la persona humana porque le permite no perderse entre todo aquello hacia lo que tiende y descubrirse en la propia identidad sustancial de la conciencia y de la autoconciencia: “se opera en el hombre, en el yo humano en cuanto sujeto personal, un estrecho vínculo entre el perfeccionamiento de sí y la trascendencia”.<sup>55</sup>

#### *2.4 La trascendencia horizontal y la trascendencia vertical.*

Para Karol Wojtyła la trascendencia tiene dos dimensiones fundamentales en el análisis del dinamismo de la persona y de las acciones. La *trascendencia horizontal*, que se identifica con la elección; y la *trascendencia vertical*, que también podemos llamar autorreferencial, que consiste en la autodeterminación, principal dimensión de la libertad.<sup>56</sup>

“Se puede definir como trascendencia horizontal a la intencionalidad, o sea, el hecho de franquear los límites del sujeto hacia el objeto. No es ésta la que nos interesa principalmente, (...) cuando se trata de una trascendencia que existe gracias a la autodeterminación, trascendencia por el mismo hecho de la libertad, de ser libre en el acto y no únicamente porque la volición se encuentre dirigida intencionalmente hacia su objeto propio, el valor-finalidad. Esta última trascendencia, a diferencia de la que hemos denominado horizontal, podemos definirla como vertical.”<sup>57</sup>

En la trascendencia horizontal, el otro es un objeto y tiene diversos valores. En ésta se manifiesta el dinamismo de la voluntad en el valor final. Sin embargo, el dinamismo de la decisión impide la posibilidad de tratar los actos humanos como determinados solamente por la genética o el entorno. La elección y la decisión son el

---

<sup>54</sup> Wojtyła, *El hombre y su destino*, 35.

<sup>55</sup> Wojtyła, *El hombre y su destino*, 66.

<sup>56</sup> Wojtyła, *El hombre y su destino*, 22.

<sup>57</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 185.

umbral de la acción humana y de su trascendencia, ya que hacen que la persona se “eleve” por encima del objeto que elige y respecto del cual decide.<sup>58</sup>

“No se trata de la trascendencia hacia cualquier cosa, trascendencia dirigida que se constata juntamente con el objeto (valor o finalidad). Se trata, en cambio de una trascendencia en cuyo marco el sujeto se confirma franqueándose a sí mismo (en cierto modo superándose)”.<sup>59</sup>

Esta trascendencia horizontal no agota el sentido de la trascendencia humana, ya que “toda elección o volición madura de un determinado valor presupone la referencia del sujeto a la verdad de su persona y de su acto”.<sup>60</sup>

Esto otorga al ser humano un señorío sobre la propia actividad, las elecciones y los actos de voluntad. El ser humano no elige por el objeto, sino por la referencia al bien y la verdad de éste y encuentra esa referencia en la propia conciencia, no en la tendencia hacia el objeto ni en la atracción de éste hacia él. Ello otorga al ser humano una trascendencia, “hacia fuera” y “hacia arriba”, que es “hacia adentro”, porque es hacia la propia conciencia por lo que el hombre encuentra el fin de su trascendencia en el propio interior; es la *autoteleología*, el hecho de que el hombre determina su fin por sí mismo.<sup>61</sup>

La estructura personal de tal realización corresponde, con base en la experiencia, a la *autoteleología* del hombre. Esta realización no es absoluta, pero tiene en sí algo de absoluto; se realiza, en efecto sobre la base de lo “absoluto del hombre”. Puede realizarse sobre esa base, precisamente, porque tiene origen en el acto de la persona sobre el fundamento de la relación trascendente con la verdad, en el perfil “vertical” de la trascendencia del sujeto.<sup>62</sup>

El hombre decide no sólo sobre sus acciones, sino que decide también sobre sí mismo en el aspecto de su cualidad más esencial. Es posible afirmar que es en la libertad donde muestra la trascendencia vertical, la autodeterminación y la preeminencia de la

---

<sup>58</sup> Sánchez, *Junto con los otros*, 105.

<sup>59</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 185.

<sup>60</sup> Wojtyła, *El hombre y su destino*, 144.

<sup>61</sup> Sánchez, *Junto con los otros*, 106.

<sup>62</sup> Wojtyła, *El hombre y su destino*, 179.



persona y ésta se descubre gobernando la acción y gobernándose a sí misma en la acción, lo que resalta la espontaneidad de la libertad.

## 2.5 Autodeterminación.

La persona es dueña de sí misma. La autodeterminación, contenida en el obrar, otorga una causalidad auténticamente humana, una causalidad que relaciona al ser humano con la verdad y con el bien en sentido absoluto y desinteresado.

La autodeterminación es la libertad de la voluntad, la que hace a la persona autodependiente o independiente en el campo intencional, no son los objetos los que determinan la volición. En este sentido, hay una diferencia entre el dinamismo de la persona y lo que Karol Wojtyła llama el dinamismo de la naturaleza, esto es, el dinamismo del modo de ser humano en cuanto determinado por lo que en él sucede, no por lo que él hace.<sup>63</sup> La reflexión de Karol Wojtyła devela que mediante la autodeterminación se explica la trascendencia de la persona en la acción. Es la trascendencia vertical lo que hace que la propia acción se convierta en una “*actus personae*” diferente al “*actus individui*”. La perspectiva de Karol Wojtyła pone el énfasis en lo que muestra la acción de la persona y no sólo en lo que se ve en la persona “*in actu*”.<sup>64</sup>

Cuando se actúa, la persona y el acto constituyen una realidad compacta. Es decir, la acción manifiesta y expresa a la persona y la persona lo hace por medio de la acción.<sup>65</sup> La experiencia muestra una doble perspectiva: la autodeterminación de la persona se da a través de la acción donde no sólo posee el objeto, sino que se posee a sí mismo.

## 2.6 Autoposesión y autodomínio.

La trascendencia tiene dos estructuras que la manifiestan: el autodomínio y la autoposesión. El individuo que no es persona carece de la autoposesión y el autodomínio que establecen la autodeterminación. En el dinamismo de la naturaleza (aquí entendido

---

<sup>63</sup> Sánchez, *Junto con los otros*, 109.

<sup>64</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 184.

<sup>65</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 184.

como el ámbito de la falta de libertad), el individuo es poseído por la potencialidad del propio sujeto que lo gobierna y orienta en la dirección de sus dinimizaciones, lo que se manifiesta en el instinto.<sup>66</sup>

El *autodominio* es diferente del autocontrol como dinamismo propio de la persona manifestado en estructuras y entidades con las que ésta se gobierna a sí misma.<sup>67</sup> Se entiende por autodominio algo esencial, conectado con la estructura interna de la persona entendida como gobierno de sí. Por ello, el autodominio presupone la autoposición de la persona sobre sí misma. El autodominio es, de este modo, una estructura de la persona en cuanto se relaciona con el “yo”, como manifiesta Karol Wojtyła.

El autodominio se relaciona directamente con la estructura de la persona en cuanto la conciencia de sí le muestra una cierta función de autoposición y un cierto dominio de sí mismo que se manifiesta de modo especial cuando la persona se autodetermina en la acción.<sup>68</sup> La experiencia del autodominio permite explicar y concebir la autodeterminación como una dimensión esencial de la persona. Y que, junto con la autoposición, condicionan la autodeterminación, que es el acto por el que el ser humano se gobierna a sí mismo de modo exclusivo: persona es “*alteri incommunicabilis*”.<sup>69</sup>

“El autodominio nos permite constatar que la persona no es sólo un lugar de manifestación de los valores, sino que es una subjetividad que se sitúa más allá de la acción, gobernándola y decidiendo libremente sobre ella. El autodominio sucede gracias a que la persona no sigue de modo automático sus impulsos, sus instintos, sus inclinaciones. La persona descubre con la razón el significado de la realidad para así discernir cuáles son los motivos adecuados para la acción. De esta manera, la razón tiene que descubrir la verdad sobre el bien que se le presenta: su valor intrínseco. Así es como se introduce dentro de la dinámica de la voluntad el elemento racional, lo que nos permite revalorar esta capacidad de la persona como *appetitus rationalis*.”<sup>70</sup>

Cuando el ser humano lleva a cabo una acción, gracias al autodominio, no sólo cumple un acto, sino que se pone a sí mismo en éste. El autodominio hace que el yo

---

<sup>66</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 184.

<sup>67</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 169.

<sup>68</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 100.

<sup>69</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 105.

<sup>70</sup> Guerra, *Afirmar la persona por sí misma*, 95-96.

subjetivo, el que está presente en la acción, se subordine al yo trascendente, el que pone la acción.<sup>71</sup>

La *autoposesión*, al igual que el autodomínio, es una función de la conciencia humana. En este caso, Karol Wojtyła, no entiende la conciencia como la conciencia moral, que distingue el bien del mal, sino como la estructura o el dinamismo de la persona que hace que se descubra a sí misma como un “yo”. Más aún, en la visión de Karol Wojtyła sólo puede ser un “yo” o un “alguien” aquel que tiene una estructura de autoposesión:

“La estructura define este rasgo peculiar y estructural del hombre como persona; su específica preeminencia en relación consigo mismo y su dinamismo. De esta preeminencia resulta el autodomínio y la autoposesión. Únicamente le corresponde ser llamado alguien a aquel que posee una estructura de autoposesión y de autogobierno. Le corresponde al que la posee en modo actual o en potencia”.<sup>72</sup>

Esta realidad forma una estructura en el ser humano que no es física, ni psíquica, sino del nivel del ser, porque el ser humano lo es en la medida en que se autoposee. Karol Wojtyła lo compara a la potencia, en el lenguaje tomista. Por ello, la *autoposesión* es una relación intrapersonal del ser humano por la que se posee a sí mismo y es poseído por sí mismo. Es una relación de aspectos activo (gobernarse a sí mismo) y pasivo (estar subordinado a sí mismo), en la que la persona es consciente, debido a que esta pasividad indica un aspecto reflejo: gobernarse.<sup>73</sup>

La autoposesión da a la persona cierta preeminencia sobre el resto de sus facultades y de sus acciones, por el hecho de descubrirse como dueña de sí misma e independiente de las acciones que lleva a cabo.

---

<sup>71</sup> Sánchez, *Junto con los otros*, 115.

<sup>72</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 264.

<sup>73</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 277.

La estructura de la autoposesión manifiesta que cuando el ser humano quiere algo, lo quiere por sí mismo de modo libre, no por la simple atracción de objeto.<sup>74</sup> El hombre puede decidir sobre sí mismo cuando se posee a sí mismo.<sup>75</sup>

La autoposesión como estructura de cara a la autodeterminación y, por lo tanto, hacia la trascendencia de la persona en la acción, se revela en cada auténtico “yo quiero”.<sup>76</sup>

El *autodominio* y la *autoposesión* son estructuras de la trascendencia que distinguen a la persona de la acción. La persona se realiza a sí misma por medio de la acción: alcanza su plenitud propia como persona y también esa forma que es a la vez la propia de la autoposesión y del autodominio. La persona a través de la acción se realiza a sí misma como “alguien” y se revela también como alguien.

No basta la acción en sí. Es necesario el carácter personal de la acción para que esta tenga un valor de realización. Por ello, es necesario que la acción se integre en la estructura de la autoposesión y del autodominio. Una acción que no hace a la persona más dueña de sí misma, o que no le permite ser dueña de sí misma o que no brota de la autoposesión, no es una acción con valor personal.<sup>77</sup>

El *autodominio* y la *autoposesión* orientan la trascendencia del ser humano en cada acción y manifiestan su realidad personal, su unidad dinámica y al mismo tiempo su complejidad, ya que se refieren al hecho de que se gobierna o se domina a sí mismo, y a que es gobernado y dominado por él mismo.

## 2.7 La integración.

Queda claro que la experiencia del actuar humano es unitaria y, por ello, reclama la integración de las dimensiones del ser humano en la persona. Las dimensiones somática

---

<sup>74</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 264.

<sup>75</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 168.

<sup>76</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 175.

<sup>77</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 234.

y psíquica deben asimilarse en la dimensión de la persona, para que se manifieste la unidad humana y se refleje el valor de la persona en la unidad de la acción.<sup>78</sup>

La persona íntegra asume y armoniza todos los elementos de su actuar en el proceso de autodeterminación: el nivel somático lo hace a través de los hábitos corporales entendidos como habilidades; y el nivel psíquico mediante la emotividad que, para Karol Wojtyła, es el rasgo que describe de modo más adecuado lo específico de la psique. En este caso, lo que produce la integración de los sentimientos en su respuesta al valor, que, en la medida en que está penetrado por la inteligencia, produce integración: la acción humana integrada es aquella capaz de asumir, en la estructura de la autodeterminación, los estratos corporales y psíquicos modelados y configurados de tal forma que favorezcan la autorealización de la persona.<sup>79</sup>

La dimensión de la integración abarca los estratos que componen la experiencia de la persona en la acción, unificando la autodeterminación, el cuerpo, la psique, y reafirmando que la unidad dinámica de la persona en la acción tiene que estar fundamentada en su unidad óptica. Por ello, esta integración, es la realización y simultánea manifestación de la unidad de la acción humana sobre la base específica del sujeto personal.

La integración es el modo en que la persona actúa sobre sí misma para armonizar todos los dinamismos de su ser con su unidad ontológica, de modo que se eliminen las tensiones entre la reactividad somática, la emotividad espontánea y la operatividad personal.<sup>80</sup>

El hombre maduro es aquel que es capaz de guiarse a sí mismo. Es el que posee la capacidad de gobernarse a sí mismo para no dejarse arrastrar por el instinto y por el deseo.

---

<sup>78</sup> Sánchez, *Junto con los otros*, 121.

<sup>79</sup> Wojtyła, *Persona y acción*, 24.

<sup>80</sup> Sánchez, *Junto con los otros*, 123.

## *2.8 Autorealización.*

La ejecución de la acción lleva a la realización. La acción determina a la persona. Realizarse significa actualizar y, en cierta medida, llevar a la plenitud la estructura del hombre que le es característica por su personalidad y también por el hecho de ser alguien y no meramente algo: es la estructura de autogobierno y la autoposesión.

La autorealización del hombre se da cada vez que actúa, e indica que la persona es un ser potencial, y no un ser plenamente en acto. Todo ser por naturaleza busca su plenitud. Por lo tanto, autorealización quiere decir llevar a la felicidad del hombre que la realiza cada vez que actúa con libertad.

La autorealización se presenta como sinónimo de felicidad. Autorealizarse es sinónimo de felicidad, puesto que autorealizarse es lo mismo que realizar el bien, gracias al cual el hombre en cuanto persona se convierte y es bueno él mismo, porque es realizar el bien de sí mismo. La felicidad apunta hacia toda la estructura de la persona y no debe ser confundida con el placer.

### Capítulo III. El “nosotros” en el matrimonio: lugar de realización del amor conyugal.

Después de haberse analizado las categorías que Karol Wojtyla señala como fundamentales de la estructura de la persona, es necesario señalar que, desde el pensamiento de Wojtyla, antes del “nosotros” está la persona.

En este sentido siguiendo las reflexiones del Dr. Sergio Lozano Arco, en su tesis “*La interpersonalidad en Karol Wojtyla*”, el personalista polaco defiende el primado innegable del sujeto personal respecto de la comunidad. Cito textualmente a Sergio Lozano:<sup>81</sup>

“Para él ninguna interpretación de la comunidad y de las relaciones interpersonales sería correcta si no se apoyara en una concepción ya existente de la persona en acción. Wojtyla está convencido de que sin las categorías como la de ‘autoposesión’ y e ‘autodominio’ nunca se llegaría comprender a la persona en su realización con otras personas en la medida adecuada.

Si comenzamos por la comunidad en lugar de comenzar por el sujeto personal, fácilmente podría suceder que, en la interpretación de la comunidad y de la relación personal, no se manifestara todo lo que es constitutivo de la persona. Y para Wojtyla es constitutivo de la persona, entre otras realidades, la subjetividad personal, la ‘autoposesión’ y el ‘autodominio’. En efecto, si comenzamos por la persona, por el ‘yo’, y descubrimos su dimensión subjetiva además de su dimensión objetiva, podremos también comprender la comunidad desde el punto de vista de la intersubjetividad. Pero si comenzamos, al ignorar la dimensión subjetiva de la persona, no alcanzaremos, entre otras cosas, la dimensión subjetiva de la comunidad.

Sólo se puede describir la subjetividad personal comenzando por el ‘yo’ personal. Y sólo si se descubre la subjetividad personal tienen sentido propiedades fundamentales de la persona tales como la ‘autodeterminación’ y el ‘autodominio’. Luego es conveniente tanto de hecho como metodológicamente comenzar por el sujeto personal en su co-relación persona-acción y posteriormente hablar de la comunidad personal. El ‘yo’ se constituye o se realiza a sí mismo a través del ‘tú’. El filósofo de Cracovia sostiene que “si se afirma a veces que el ‘yo’ es de algún modo constituido por el ‘tú’ esta afirmación conceptual requiere naturalmente ser desarrollada y estructurada. El ‘yo’ no se constituye a sí mismo en sentido ontológico a través del ‘tú’, como si antes de establecer la relación con el ‘tú’ el ‘yo’ existiera.

---

<sup>81</sup> Sergio Lozano Arco, “*La interpersonalidad en Karol Wojtyla*” (Tesis de Máster Antropología Personalista, Universidad Católica de Valencia, 2014), 13-16.

Para Wojtyła, el ‘yo’ ya existe como persona en sentido ontológico, pero, a la vez, se realiza más plenamente como persona en las acciones que realiza junto a un ‘tú’. El ‘yo’ no es una mónada leibniziana acabada y perfecta. El ‘yo’ es una persona, pero es una persona que puede crecer como persona y realizarse cada día más plenamente como tal y eso lo hace, la mayor parte de las veces, a través de un ‘tú’ (...). En Wojtyła el ‘yo’ se constituye a sí mismo a través del ‘tú’ en el sentido de que se realiza a sí mismo más plenamente como persona en las acciones que realiza junto a un ‘tú’. (...)

Si el ‘yo’ es ontológicamente persona, pero, a la vez, es susceptible de crecimiento, de perfeccionamiento personal a través de las acciones que realiza junto con otros, entonces no sólo se realizará a sí mismo a través de las acciones que realiza junto a un ‘tú’ sino que también se realizará a sí mismo en las acciones que realiza en un ‘nosotros’, es decir, en las acciones que realiza de manera con-junta con otras personas. En cierto modo, incluso se realizará más plenamente porque se realizará a sí mismo y contribuirá con su acción a la realización de cada uno de los otros.

### *3.1 El “nosotros” en el matrimonio.*

El amor es el principio y la fuerza de la construcción del nosotros en el matrimonio. Y aunque el amor no lo es todo en el matrimonio, sí es su elemento más decisivo: ha de ocupar por eso el centro de la comunidad conyugal.<sup>82</sup> El nosotros del matrimonio es una tarea por realizar y de autorealización de la persona. Entra en juego la autodeterminación de la persona en el bien escogido y verdadero que viene siendo el “otro”.

La existencia conyugal sirve al bien y a la realización personal de los esposos basados en la verdad de la propia comunidad que se ha constituido y de su propia naturaleza sujeta a leyes fundamentales relacionadas con la institución, la unidad (monogamia), la indisolubilidad y la fecundidad.<sup>83</sup>

El amor matrimonial difiere de las demás formas de amar, en cuanto que este amor consiste en el don de la persona. Su esencia es el don de sí mismo, de su propio ‘yo’. Es un modo de salir de sí mismo para ir hacia el encuentro de la otra persona que también se dona en la reciprocidad.

---

<sup>82</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución Apostólica. Gaudium et Spes*, n. 49.

<sup>83</sup> Sarmiento, “El «nosotros» del matrimonio. Una lectura personalista del matrimonio como «comunidad de vida y amor»”, 96.



“El aspecto individual no desaparece en el aspecto interpersonal, sino que, por el contrario, lo condiciona. De donde resulta que el amor es siempre una cierta síntesis interpersonal y una sincronización de gustos, deseos y benevolencia (...) El amor más completo se expresa precisamente en el don de sí mismo, en el hecho de dar en total propiedad ese ‘yo’ intransferible e intrasmisible. La paradoja aquí resulta doble y procede en dos sentidos: en primer lugar, que pueda salirse del propio ‘yo’; en segundo lugar, que con ese salirse no se lo destruya ni desvalorice, sino que, por el contrario, se lo enriquezca, evidentemente en el sentido metafísico, moral. (...) El don de sí mismo, en cuanto forma de amor, surge de lo profundo de la persona con una clara visión de los valores y una disponibilidad de la voluntad para entregarse precisamente de esta manera. El amor de esposos no puede, en ningún caso, ser fragmentario o fortuito dentro de la vida interior de la persona. Constituye una cristalización particular del ‘yo’ en su totalidad, el cual, gracias a este amor, está decidido a disponer de sí mismo. Por lo tanto, en el don de sí mismo encontramos una prueba sorprendente de la posesión de sí mismo”<sup>84</sup>

### 3.1.1 Modos de ser “nosotros”.

Augusto Sarmiento, citando a Madinier<sup>85</sup> menciona que es posible distinguir tres clases o modos de asociarse o de ser “nosotros”: la “cooperación”, la “asimilación” y la “intimidad”<sup>86</sup>.

En la “*cooperación*” los sujetos se unen con el propósito de lograr un fin común, siendo evidente que cuanto más estrecha sea la cooperación más fuerte será el lazo que los una. Con todo, hay que decir que se trata tan sólo de una unión exterior: se unen en la medida en que desempeñan una función o actividad que resulta útil al conjunto. Por eso puede darse una cooperación estrechísima entre ellos y a la vez, cada uno, permanecer encerrado en su egoísmo.

La “*asimilación*” no es simple unión externa, sino que se trata de una unidad real, constituida desde dentro, por amor al mismo fin. Pero tampoco esta forma de unión realiza el ideal de sociedad, ya que la “asimilación” no tiene lugar si no es por el abandono de lo que es más propio y singular de cada uno: al absorber al individuo en la masa no sirve para desarrollar la personalidad de cada uno.

---

<sup>84</sup> Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, 120-121.

<sup>85</sup> Madinier es uno de los representantes del personalismo francés.

<sup>86</sup> Sarmiento, “El «nosotros» del matrimonio. Una lectura personalista del matrimonio como «comunidad de vida y amor»”, 88.

La “*intimidad*” es la capacidad de integrar a cada miembro, abarcándolo en la totalidad de su ser, en lo que tiene de más personal. Aquí los sujetos no se unen únicamente para llevar a cabo una actividad común, ni se identifican hasta el punto de disolverse en una especie de alma colectiva o mentalidad común, sino que, permaneciendo cada uno en su singularidad concreta, se complementan y engarzan en una “presencia” que les envuelve, sostiene y enriquece. En esta forma de unión la persona es lo que cuenta, precisamente en lo que tiene de singular e insustituible: es la persona, en cuanto tal, la que se da y recibe en esa unión que, de esa manera, es cauce del enriquecimiento y perfeccionamiento mutuos.

El amor es unión, no fusión ni identificación. Aunque puede haber identidad de sentimientos, comunión de intereses, etc., si se ama, se quiere al otro en su insustituible singularidad.

Lo propio del amor es afirmar al otro como un “tú”: cuando se considera al otro como “él”, existe, a lo sumo, concurso o cooperación: colaboración de funciones y actividades con vistas a conseguir un fin que es exterior a la persona; se le ve como un extraño. El “tú”, en cambio, es el otro en cuanto que participa en el diálogo, es decir, en cuanto entra a formar parte de una comunidad.

### 3.1.2 “*El nosotros*” fruto del amor.

El amor conduce a esa unidad que se realiza en la comunión. El amor desde la perspectiva personalista permite descubrir que la estructura del amor es diferente. El que ama desea y anhela también la unión con el amado, hacerse una sola cosa con él; pero es una unión que nunca es fusión ni identificación. Se respeta la diferencia, sin querer absorberla, lo cual se aplica también a la diferencia sexual.

En el amado se ve un ser que es único, un “tú” que es querido precisamente en su singularidad, al que se desea que exista y llegue a su perfección. Según el principio de reciprocidad, dos dones de sí, el del hombre y el de la mujer, se encuentran en él y, aunque psicológicamente tienen una forma diferente, ontológicamente son reales y componen conjuntamente el don recíproco de sí.

“El amor transforma la unidad-fusión de los sujetos (comunidad de naturaleza) en una unidad-sociedad que es relación de personas. No da lugar a una totalidad biológica en la que los individuos se diluyen, sino a una totalidad espiritual en la que se desarrollan las personas”.<sup>87</sup>

El amor no destruye la alteridad, la afirma transformándola. Algo que parece evidente desde la experiencia del amante y del amado. El amor de esposos, aunque difiere por su esencia de todas las demás formas del amor anteriormente analizadas, no puede formarse más que en relación con ellas. Es indispensable que esté estrechamente ligado a la benevolencia y la amistad. Privado de semejante vinculación, el amor puede caer en un vacío sumamente peligroso -dirá Karol Wojtyla-.

### 3.1.3 Notas que constituyen el “nosotros”.

El mismo Augusto Sarmiento, en su artículo “*El «nosotros» del matrimonio. Una lectura personalista del matrimonio como «comunidad de vida y amor»*”, afirma que tres son las notas que definen el amor que dan paso a la comunidad de personas: la alteridad, la totalidad y la conciencia del “nosotros”. Es importante parafrasearlas porque ayudan a comprender mejor el amor conyugal.

*La alteridad:* amar es constituir un “nosotros”, en cuyo interior se sitúa la relación “yo”- “tú” y viceversa. Una intimidad en la que, buscándose la unión, no se da ninguna identificación, ninguno pierde la propia identidad. El amor implica esa alteridad que es reciprocidad de presencia, entendida ésta como intercambio y diálogo desde dentro y en el interior. Según Karol Wojtyla, en el amor verdadero debe haber reciprocidad como una propiedad esencial. El amor sin reciprocidad está condenado desde luego a vegetar, más tarde a morir. Y muchas veces al desaparecer, hace que se extinga la misma facultad de amar.<sup>88</sup>

---

<sup>87</sup> Sarmiento, “El «nosotros» del matrimonio. Una lectura personalista del matrimonio como «comunidad de vida y amor»”, 93.

<sup>88</sup> Nancy Emilia Estela-Salazar, “El matrimonio como don de sí recíproco en el personalismo de Karol Wojtyla” *Revista Multidisciplinaria Semestral* (2015).

Uno “para” el otro: únicamente entonces dejan de ser extraños y se convierten en “nosotros” (“yo”-“tú”). “Presencia, diálogo, reciprocidad son términos que designan uniones totalmente diferentes a la fusión. En el amor, en efecto, es esencial la alteridad.<sup>89</sup>

*La totalidad.* Porque en el “nosotros” de la comunidad el “tú” jamás pierde su identidad, el amor tiene como segunda característica esencial la totalidad. Se ama al otro tal como él es, no por sus cualidades y servicios. A la vez es necesario que el que ama se pertenezca por entero, sólo así podrá hacer donación sincera de sí mismo. En este sentido se puede decir que el amor es esencialmente inventor (creador) del tú.

*La conciencia del “nosotros”.* El “yo” y el “tú” -las personas- se desarrollan y perfeccionan en tanto en cuanto viven su relación como un “nosotros”, fruto del amor. Se establece entonces una relación interpersonal que, a la vez, es “creación” y “creadora” de la persona. Cuando se dice que la persona “es” amor, lo que se está afirmando es que no se realiza como persona si no es a través de la entrega de sí mismo.

Es así porque, dado que es un ser esencialmente social, es decir, “para” la comunión, únicamente por el amor se desarrolla según la calidad de su ser. Y como el “nosotros” fruto del amor es afirmación de cada uno de los “tú” como singularidad y, por tanto, como libertad, la comunidad creada no es algo totalmente cerrado y construido de una vez, sino que ha de realizarse constantemente. En este sentido hay que hablar del “nosotros” como creación, es decir, como resultado de la decisión libre de las personas, no sólo porque su existencia depende de la voluntad de los que la integran sino porque eso mismo hay que decir de su permanencia.

#### *3.1.4 El amor conyugal en la realización del matrimonio como “nosotros”.*

Lo que constituye la comunidad matrimonial es el acto de la voluntad de ambas partes de fundar una vida en común y, a través de la mutua acogida y donación, fundar un ser común. Ni los afectos, ni la mera convivencia, ni la relación sexual pueden fundar dicha relación. El acto de la voluntad de cada uno de ellos converge en un acto común,

---

<sup>89</sup> Sarmiento, “El «nosotros» del matrimonio. Una lectura personalista del matrimonio como «comunidad de vida y amor»”, 94.

que causa la comunidad matrimonial: el acto voluntario del “nosotros”. En la comunidad matrimonial surge una unidad, aunque una unidad diferenciada, donde se conforma un “nosotros”. De modo que el “yo” ya no será un “yo”, sino un “yo-en-nosotros” y el “tú” no será un mero “tú” sino un “tú-en-nosotros”.<sup>90</sup> Esta unidad se manifiesta en variadas formas, cuya realización práctica constituye el amor:

- *Yo-en-nosotros; tú-en-nosotros o comunidad matrimonial.* La forma de ser-con que se establece en la comunidad matrimonial no es la de ser contigo sino la de ser cada uno en la comunidad, en el “nosotros”.

- *Yo-para-nosotros o dativo matrimonial.* La presencia del otro es llamada. Y la llamada exige una respuesta: acoger integralmente al otro y darse integralmente al otro. De esta manera, cada uno da-de-sí hacia el otro en el “nosotros”. Ser para el otro en el “nosotros”. Es la forma de que la relación matrimonial constituya “lo nuestro”.

- *Yo-por-nosotros; tú-por-nosotros o fundamentación personal en la comunidad matrimonial.* Lo que se produce en el “nosotros” matrimonial es un crecimiento personal de cada uno de sus miembros. Y esto es así porque la comunidad matrimonial, en cierto modo, funda personalmente a cada uno de sus miembros. Ya no soy sólo “yo” por ti, sino “yo” y “tú” por nosotros.

De esta manera, el matrimonio es la realización más plena del ideal humano de la comunidad; hace posible que dos seres humanos -el hombre y la mujer que se casan- se unan de tal manera que queden abarcados y comprometidos en la totalidad de su singularidad como personas sexualmente distintas y complementarias. El amor de un varón y una mujer que contraen matrimonio es efectivamente una entrega total de su ser personal, es un darse total y libremente; no es sólo querer el bien del otro, sino consagrar su ser a la búsqueda de la plenitud y felicidad de la persona amada. Se trata de una donación recíproca, él se da por completo a ella y viceversa.

---

<sup>90</sup> Términos y reflexiones que extraigo de la lectura del libro de Xosé Manuel Domínguez Prieto, *Antropología de la familia* (Madrid: BAC, 2007). Y también de un curso que he tomado con el autor de “Acompañamiento”.

“La unión conyugal es un *nosotros* constituido por la donación que dos seres complementarios hacen de sí mismos el uno al otro, en la que cada uno se entrega con lo que es y tiene, un nosotros abierto a la creación de otros seres para los que la intimidad de esa unión es necesaria a fin de que puedan desarrollarse adecuadamente”.<sup>91</sup>

Decir que el matrimonio es un “nosotros” es sostener que es una unión en la donación común a un “nosotros”, pero de tal naturaleza que sólo puede ser recíproca, única, definitiva y total. Por eso supone y exige la intimidad de los cuerpos y también la de los espíritus y corazones al servicio del mismo ideal (en otro caso sería un “egoísmo a dos” o compartido). Es un “nosotros” integral y que a la vez se presenta como una tarea a realizar.

El amor conyugal sólo puede darse entre un hombre y una mujer (exclusivo), porque, como lo comprendía Karol Wojtyła, el matrimonio inicia una unión en la que el hombre se entrega por entero a la mujer y la mujer al hombre. Por esa misma razón, el amor conyugal exige ser para siempre o definitivo, ya que, de no serlo, la donación no sería verdadera porque no sería total: por ser entrega de la persona, ha de ser para siempre, definitiva, sin posibilidad de retorno. Esto afirma el carácter exclusivo y fiel del “nosotros”.

En el “nosotros” es la persona del cónyuge la que se afirma valiosa por sí misma, con un valor único que no está ligado a sus cualidades (lo que no equivale a decir que éstas se desestimen). Sólo se puede designar como amor conyugal verdadero, capaz de formar la comunidad conyugal, el que es trascendente: en el sentido de que no es egoísta, no se encierra en sí mismo; dicho positivamente, cuando responde al “nosotros”.

El amor que da lugar a la comunidad existe en la medida en que el “tú” es querido como un sujeto, cuando se le quiere a él y, en él, todo lo que es y puede llegar a ser (la posibilidad de ser padre/madre). Ese “otro” trascendente que es en mí “más que yo mismo”, es el hogar que han fundado (el “nosotros” del matrimonio).

---

<sup>91</sup> Sarmiento, “El «nosotros» del matrimonio. Una lectura personalista del matrimonio como «comunidad de vida y amor»”, 96.

Esto último es interesante porque desde la perspectiva de Karol Wojtyła la construcción de “nosotros” siempre tiene presente la paternidad. Desde esta perspectiva quiere decir que un verdadero “nosotros” en el matrimonio es un “nosotros” fecundo que se realiza desde el momento mismo en que los esposos se dan el sí en la aceptación mutua, porque al decir “yo te acepto como mi esposo/esposa” viene implícito “te acepto como mi esposo/esposa y como padre/madre de mis hijos. Por eso mismo, este “nosotros” como comunidad de amor ha de ser comunidad de vida, ya que sólo de esa manera no es egoísta y, desde este aspecto, puede ser considerado como amor.

La conclusión es que el “nosotros” en el amor conyugal se realiza cuando el amor conyugal es donación sincera de los esposos al “nosotros” del matrimonio, cuando su donación recíproca es, en el fondo, la de un amor que los trasciende no sólo en el orden horizontal sino también en el orden vertical. La realización del “nosotros” también es la realización personal.

*a) El “nosotros” esencialmente fecundo.*

Merece la pena detallar brevemente este aspecto tan importante de la construcción del “nosotros” como fecundo y que se ha mencionado anteriormente. Aunque no es el objetivo de este trabajo, cabe mencionar que el “nosotros” conyugal es un “nosotros” esencialmente fecundo.

La fecundidad es una dimensión que pertenece a la estructura de la “unidad de los dos” y por eso mismo del amor conyugal. No es algo accidental o añadido. El amor es fecundo o creador en relación con los esposos.

El amor es esencialmente creador de un todo de reciprocidad en el que el amante y el amado se hacen presentes y se donan el uno al otro, formando así un “nosotros” que les trasciende, haciéndoles existir de un modo nuevo. El amor conyugal es creador porque da origen al “nosotros” de la familia, que es el lugar del nacimiento y crecimiento de los hijos.<sup>92</sup>

---

<sup>92</sup> Para profundizar esta parte, nuevamente recomiendo el libro de *Antropología de la familia* del autor Xosé Manuel Domínguez Prieto.

### 3.2 *La norma personalista y el amor.*

La norma personalista manifiesta el criterio de actuación que se adecua a la persona humana. Esta norma es complementaria a las normas de la moralidad, pero subraya el principio de referencia a la persona que consiste en ser bueno como ser humano, así como la referencia a otra u otras personas.<sup>93</sup> La norma personalista de la acción es la expresión racional de la obediencia a la verdad sobre el bien que exige el hecho de ser persona.

La norma personalista intenta poner en relieve la posición específica del hombre en cuanto persona, y la particularidad y trascendencia que de ella derivan. Es una penetración más profunda en el mundo de la naturaleza con vista a una adquisición aún más completa sobre el terreno normativo de la “naturaleza humana” que es persona por naturaleza.<sup>94</sup>

Wojtyla propone una definición de la norma personalista como el “principio supremo de los actos humanos, según el cual todo el obrar del hombre, en cualquier campo, debe ser adecuado a la relación con la persona, que es fundamental en el obrar humano. Esta relación se encuentra contenida en toda acción del hombre, prescindiendo de cuanto en su contenido objetivo este obrar pueda parecer “cosificado”.<sup>95</sup>

Por lo tanto, la norma personalista posee un carácter imperativo y categórico. El motivo para afirmar a la persona por sí misma como fin en sí, está en ella misma, de lo contrario, la norma personalista sería hipotética.

Por ello, la norma personalista de la acción solo expresa la condición de la persona como fin en sí misma cuando se la formula categóricamente.<sup>96</sup>

---

<sup>93</sup> Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, 87.

<sup>94</sup> Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, 88.

<sup>95</sup> Wojtyla, *El hombre y su destino*, 291

<sup>96</sup> Guerra, *Afirmar la persona por sí misma*, 145-146.



Nuestra experiencia nos muestra a la libertad como un momento de verdadera trascendencia de la persona, es decir, como un momento de auténtico autogobierno. Este autogobierno se expresa de diversas maneras, entre las cuales es preciso individuar en este momento la autoteleología del hombre. La persona es realmente capaz de escoger los fines propios de su acción. Y, con ello, de tener la oportunidad de responder a un motivo que lo invita a actuar; de poder eventualmente autoafirmarse implícitamente a través de un acto bueno; y de poder reconocer a su acto como “propio”, la autoteleología del ser humano revela a la persona como fin en sí mismo.<sup>97</sup>

El amor está llamado a crecer, a madurar, a hacerse más profundo. Lo que caracteriza al amor humano es ser un amor entre dos personas, y en tanto no se haya establecido el amor en el nivel que requiere el hecho de ser persona, sigue siendo todavía un amor en devenir. Es el amor como tarea.

Y para comprender este dinamismo del amor, Karol Wojtyla presenta unas formas de amor que integran el amor conyugal, donde se da la posibilidad de que la persona pueda salir de sí misma para ir en busca del “otro”. Y lo que parecería un vaciamiento, un quedarse sin nada, que la persona se empobrezca (ya que lo entrega todo), se convierte en un enriquecimiento en el sentido moral y metafísico. No hay que olvidar que el matrimonio es ante todo una comunidad amorosa, siendo el amor su sentido existencial y su principal dinamismo. Este amor se constituye en tres elementos.

- El *amor de atracción*: todo comienza por ahí. El amor de atracción es el amor que nace. Es el fruto de la tendencia sexual en el hombre y en la mujer de mismo modo que la mujer para el hombre. El amor de atracción comporta una parte de misterio. Una persona nos conmueve, nos afecta, nos fascina, nos cautiva, nos seduce hasta el punto de ir invadiendo poco a poco todo nuestro espacio interior. El amor de atracción está provocado por la percepción positiva de unos valores. Nace y se desarrolla sobre la base de esos valores percibidos y a los que se es particularmente sensible. Esta atracción es causa de un cierto placer que puede apoderarse de nosotros hasta tal punto de hacer pasar al otro a un segundo plano.<sup>98</sup>

---

<sup>97</sup> Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, 91.

<sup>98</sup> Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, 19.

- El *amor de deseo*: es el “te quiero porque eres un bien para mí”. El amor es la realización más completa de las posibilidades del hombre. Es la actualización máxima de la potencialidad de la propia persona. Esta encuentra en el amor la mayor plenitud de ser, de su existencia objetiva. El amor es el acto que desarrolla más completamente la existencia de la propia persona. Esta verdad del amor exige que se dirija hacia la persona real del otro, hacia el bien real que ella constituye, y no hacia una idea que el amante pudiera hacerse, en el sentido de que esta idea tuviera una naturaleza capaz de corresponder a nuestros deseos o nuestras expectativas. Aquí es donde el amor de deseo exige a su vez, elevarse hacia algo más grande que él.

- El *amor de benevolencia*: lo que llama santo Tomás de Aquino el “*amor benevolentiae*”, es el que conduce a querer el bien objetivo del otro y constituye en virtud de ello, una segunda etapa de objetivación del amor. “Te quiero porque eres un bien para mí, pero como eres un bien para mí, yo también quiero ser un bien para ti”. No es “yo te deseo como un bien para mí”, sino “yo deseo lo que constituye un bien para ti”. El amor de benevolencia, al distinguirse del amor de deseo, aun cuando lo integre, constituye un grado más elevado del amor, porque es el otro el que cuenta en primer lugar. Querer realmente el bien del otro puede conducir a sacrificar nuestros propios deseos, y hasta sacrificarnos a nosotros mismos por su bien.<sup>99</sup> En la misma medida en que yo me desprendo de mí y de mis deseos para buscar el bien del otro, me desarrollo integralmente y crezco en mi humanidad.

Amar al otro queriendo ante todo su bien puede conducir en determinados casos a renunciar a él si se considera que no se corresponde a su bien real.<sup>100</sup> “Te quiero demasiado (quiero demasiado tu bien) como para dejar que prosigamos una relación en la que estoy convencido de que no encontrarás la felicidad”. Un auténtico amor de benevolencia puede conducir a renunciar al otro si se revela a él otra llamada diferente al del matrimonio. La etapa de maduración del amor que constituye el amor de benevolencia, que nos descentra de nosotros mismos para centrarnos en el otro.<sup>101</sup>

---

<sup>99</sup> Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, 24.

<sup>100</sup> Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, 24.

<sup>101</sup> Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, 25.

El amor entre las personas es el amor que desea conseguir la unidad. Como hace notar Karol Wojtyla, “numérica y psicológicamente hay dos amores, pero esos dos hechos psicológicos distintos se unen y crean un todo objetivo, en cierto modo un solo ser en el que dos personas están internadas o tal vez, integradas.”<sup>102</sup>

El amor no compartido es un amor detenido en su desarrollo y no puede llegar a la plenitud. El amor no puede durar más en cuanto unidad si el “nosotros” se manifiesta como una combinación de dos egoísmos en los que se manifiestan dos “yo”.<sup>103</sup> El amor como don de sí es real en los cónyuges, pero en el sentido moral, cuando la persona puede decidir libremente entregar su vida, con su intención y su acción, consagrarse a vivir solo para el amado, con todo lo que implica esa entrega.

### 3.3 La esencia del amor.<sup>104</sup>

Karol Wojtyla afirma que la esencia del amor consiste en la devoción amorosa del individuo a la persona amada. “Ahora bien, este amor arranca a la persona de esa intangibilidad natural y de esa cualidad de intransferible porque hace que la persona quiera darse a otra, a la que ama. Desea dejar de pertenecerse exclusivamente, para pertenecer también al otro”.<sup>105</sup>

El precio de un amor verdadero es, de hecho, una continua renuncia al propio “yo”, al egoísmo; no existe otro camino. Ese amor es un constante dinamismo que se crea en tanto en cuanto ambas partes se aplican para seguir alimentándola. Wojtyla señala que lo más importante es ver el valor de persona en sí misma. Para Dietrich Von Hildebrand, el amor es una respuesta al valor, por lo tanto, el amor no es reducido a mero apetito, es algo más trascendente. El amor en su sentido más propio e inmediato es el amor a otra persona, el amor al otro.

---

<sup>102</sup> Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, 40.

<sup>103</sup> Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, 42.

<sup>104</sup> La obra de von Hildebrand que lleva este mismo nombre, es una poderosa reflexión acerca del amor. Está llena de observaciones precisas y preciosas, siempre en una reflexión hecha al ras de la experiencia. No tiene nada de abstracto ni alejado de la realidad: von Hildebrand mira de frente y con mirada penetrante el mundo del amor, su experiencia y la experiencia de otros sobre el amor.

<sup>105</sup> Wojtyla, *Amor y responsabilidad*, 152-153.

El amor es una respuesta al valor. En todo amor es esencial que el amado se presente ante nosotros como excelente, bello, digno de amor. En la medida en que un hombre sólo es útil para mí, en la medida en que sólo puedo usarlo, falta la condición básica de un amor.

La entrega, que es esencial para cada amor, presupone necesariamente que la persona amada se presente ante nosotros como valiosa, como bella, como digna... como objetivamente digna de ser amada. Amor es una respuesta al valor de la persona. Es decir que el amor tiene como objeto la misma persona, que se convierte en objeto de la voluntad (envuelta de afectividad), y en donde se aprecia la verdad, la bondad y la belleza y se decide realizarse junto con ella.

Aristóteles comentaba que la verdadera amistad únicamente es posible en el bien, porque sólo entonces nuestro interés vale para la otra persona como persona, y esto hace también que se manifieste el carácter que el amor tiene de ser respuesta al valor. El interés implícito en el amor vale esencialmente para la otra persona como persona. Cuando la otra persona me es únicamente útil o se me da como una fuente de entretenimiento o de pasatiempo, no es ya todo el tema, no la amo. Se cae en el “utilitarismo” que Karol Wojtyła critica en su propuesta de la “norma personalista”, como se ha señalado anteriormente.

El fundamento esencial del amor ha de estar unido a la persona amada como persona, en donde se da donación de la persona para salir de sí, para ennoblecer la persona (la hace preciosa), propiciando que el entusiasmo que uno experimenta sea un entusiasmo por esa persona.

El amor encierra siempre en todas sus formas una conciencia de la excelencia de la persona amada y una donación de valor tan unida a la persona, que ésta se presenta como valiosa y bella en sí misma.

El amor es una respuesta al valor, pero tiene que haber un valor que despierte y otorgue “esplendor” por la persona misma. Es la persona la que motiva el amor. Por medio del amor personal la otra persona se reviste de valor. Lo central y distintivo en Hildebrand

es que el valor no es sólo un bien “para mí”, sino que el valor es importante en sí mismo. De tal manera que, si convierto al otro como objeto de mi amor, no sólo estoy realizándome a mí mismo en el “bien” (bueno para mí) sino que también me constituye en fuente de bondad del otro y por eso se da la reciprocidad que invita a “ser un bien para el otro. Por lo tanto, no se lo desea porque sea un medio para satisfacerme, sino en razón de su propia carga valiosa.

En el amor el tema no es el valor, es la persona amada; no amo al valor, amo a la persona, pero este amor lo suscitan en mí los valores de esa persona individual, o mejor dicho, “aquel valor que otorga un esplendor al hombre como totalidad”, la “belleza integral” de esta persona concreta. Hay amor cuando se ama a la persona como persona, no cuando se ama determinadas cualidades o incluso valores que me resultan útiles o complacientes.

Para Hildebrand una característica importante es que el amor es una actitud siempre viva, *siempre actual*. El respeto, por ejemplo, sólo se actualiza cuando pienso en la persona respetada o me encuentro con ella. El amor no, el amor está siempre presente e irradia, sobre todo, impregna todo el vivir del amante; esto ocurre sobre todo en el amor conyugal. A esta nota la llama el autor “sobreactualidad”<sup>106</sup>.

Para Hildebrand también es importante la entrega que se da en el amor, el don que hace el amante. Hildebrand llama a esto “trascendencia del amor”. Para él la trascendencia, a diferencia de Karol Wojtyla, es la capacidad de “salir de sí”, de no preocuparse exclusivamente por las cosas que me afectan a mí, sino de mirar al otro en cuanto otro y al puro valor moral.

El hombre que sabe trascenderse auténticamente no se pierde, no se aniquila, sino que, por el contrario, recobra su vida individual de un modo más pleno, gracias a la entrega mutua.

---

<sup>106</sup> Más adelante se hablará de este concepto de Dietrich von Hildebrand.

El amor no es pasivo, sino que invita a “ser más”. En este “más” de la respuesta se realiza a su vez un nuevo valor, un valor moral: es bueno responder a lo valioso, la persona florece como persona, y precisamente como *ésta* persona. Karol Wojtyla en la estructura de la persona en la acción, lo dice muy parecido ya que, para él, respondiendo a este valor de la persona misma amada, se le aparece como una obligación a realizar porque es un bien para el que ama como también un bien para quien es objeto de este amor.

El amor “se entrega”, y en esta entrega el hombre se realiza. El amor siempre va más allá. En el amor, la persona se compromete como tal persona individual, responde con su modo singularísimo al “otro”. No hay límites en este “más”. El amante se entrega, se compromete respondiendo al valor de la persona.

La respuesta al valor de la persona lleva a la felicidad porque el hombre se autodetermina en el bien hecho. La felicidad constituye un “más” en la respuesta del amor: si soy feliz amando, hago más justicia al amado que si amo permaneciendo inmutable. Si gozo en el amado, si disfruto con el amado, mi respuesta, mi amor, es mayor. Siempre y cuando este “gozar” y este “disfrutar” no se entienda en el sentido de “usar” al amado como un medio. Nótese la gran similitud con Karol Wojtyla en el análisis que hace de la palabra “gozar” en la primera parte de su libro *Amor y responsabilidad*.

Sin embargo, el amante desea ser correspondido. En el amor siempre viene implícitamente la exigencia de una respuesta. Y la respuesta es importante también para la misma realización o construcción del “nosotros” en el matrimonio. No es indiferente si no hay respuesta. No es “te amo, pero no deseo que me ames”, ni “no me importa tu amor por mí”, sino más bien espera una respuesta que diga: “eres importante para mí, tu amor vale mucho para mí”, “pongo mi felicidad en ti, en que me ames”.

Es hacerle al amado el regalo de poner en él la propia felicidad. Es el mayor regalo. No es la correspondencia del amado, sino el deseo de hacerle el bien. Y es bueno también corresponder a este amor libremente.

Resulta un peligro confundir el amor con la posesión. La persona no puede ser poseída. Sólo se la puede “recibir” agradecidamente en la medida en que ella se entrega. Si pretendemos poseerla, la reducimos a la condición de cosa, de medio para mis fines. Este peligro hay que tenerlo siempre presente en la práctica del amor o en la construcción del nosotros en el matrimonio.

### 3.3.1 *El amor conyugal.*

Para Hildebrand el amor conyugal tiene unas notas esenciales. En primer lugar, el amor conyugal es *personal*. La acción va a la persona. No se dirige a una cosa, a unas cualidades o propiedades de un sujeto, sino al ser mismo de ese sujeto. Amar es así afirmar el valor absoluto de un sujeto. Esta afirmación personal del amor conyugal debe ser subrayada frente a la mentalidad que considera al ser humano no como persona, sino como cosa, como objeto de compraventa, al servicio del interés egoísta y del solo placer. Como valor absoluto, el otro es, para el amante, insustituible: nadie puede suplantarlo. Afirmarlo como valor absoluto, significa darlo por bueno, pues es bueno que exista. De ahí, que se diga que el amor es “promover” al otro.

En segundo lugar, el amor es *libre*. Solo ama el que es dueño de sí. Quizás con grande similitud al “autogobierno” y “autoposesión” que Karol Wojtyła presenta en la estructura de la persona en la acción. No puede haber verdadera trascendencia si la persona no se autoposee. Solamente ama quien es dueño de sí mismo. Sólo puede afirmar a un sujeto otro sujeto que se autoposea. Autoposeerse es condición de dar: sólo el que se posee libremente ama, porque es plenamente sujeto. El amor fracasa cuando no es libre.

En tercer lugar, el amor tiene *carácter sexuado*. Aquí toca una de las notas de la persona propias de una visión personalista. El amor conyugal es entre dos personas de sexo opuesto, cuya constitución sexuada tiene una finalidad objetiva que el amante no puede ni eliminar ni subvertir. Para Von Hildebrand, la esencia del amor conyugal es su carácter sexual, que está estructurado en una reciprocidad de complementariedad.

En cuarto lugar, el amor es *total*, en el sentido de *exclusivo*. Es afirmación absoluta del sujeto. Esto exige que el valor absoluto del otro sea respondido con el valor absoluto

del propio ser personal. Absoluto, quiere decir, no repartido, exclusivo. Pero también quiere decir que este amor se da de manera unilateral: Uno con una. Es lo que exige el ser personal del amor conyugal. Hildebrand hace una crítica a la poligamia, porque reparte el amor con varias personas y porque trata al sujeto como objeto, lo cosifica, lo cuantifica, dando sólo una parte allí donde se reclama un todo.

En quinto lugar, el amor es *incondicional*. Es superar la prueba del tiempo. El sujeto existe ontológicamente "sobre el tiempo" por su dimensión espiritual. Por eso su entrega reclama duración, indisolubilidad. Cualquier límite interno a esa totalidad es inadecuado, incongruente con la totalidad de la entrega. "Te amo como esposo" significa, como mínimo, "te amo todo el tiempo" o "en todo tiempo". En este apartado se hace una crítica al divorcio porque es una limitación del amor en el tiempo.

En sexto lugar, el amor es *fiel y leal*. Exige de la persona ser testigo del amor. Subjetivamente el amor se afianza en el vínculo del contrato y objetivamente la sociedad responde a ese amor con una voluntad de protección, ofreciendo las condiciones para que los esposos puedan volver reiteradamente al amor y fomentarlo.

Y en séptimo lugar, el amor es *creador*. Creador porque colabora en el sentido sponsalicio de la entrega, cuya finalidad objetiva está en el hijo. Creador también porque colabora en el descubrimiento progresivo del otro. Con su amor, los cónyuges se dan el uno al otro y, a la vez, dan la realidad del hijo, reflejo viviente de su amor.

### 3.3.2 Reducciones del amor.

En este camino del amor, podemos encontrarnos con intentos de reducir el amor a lo que contradice radicalmente la esencia del amor. Hildebrand menciona tres vivencias a las que se pretende reducir el amor.

Una primera reducción es: el *deseo sensible*. La persona no sale de sí y sólo se queda en las notas atractivas y sensibles. El otro puede atraer, gustar, pero no es temático como persona. Uno queda encerrado en su propia inmanencia, faltándole el gesto de la



entrega, la conciencia de que hay un valor de amor en el otro, de que el otro es merecedor de amor.

Una segunda reducción es: *el orgullo*. El iluso, el que proyecta sus ilusiones en el otro, pero no es amor. En realidad, se está buscando a sí mismo y no al otro como persona. El verdadero amante no busca jamás su amor como medio de su felicidad, sino que lo entrega al amado porque éste lo merece, no pudiendo hacer otra cosa que amarlo. Ve con tal claridad la verdadera belleza del amado que no necesita imaginarse en él valores que no posee. No mide su felicidad ya con la de otro, ni la rivalidad con otro juega entonces papel alguno, pues un rasgo específico del auténtico amor es precisamente que la mirada está dirigida al amado de tal modo y tan llena de él, que ni siquiera se plantea compararse con otro.

Y una tercera reducción es: *ingenuidad del amante*. Lo que se conoce como el amor ciego. "Trazar" la línea de la belleza y excelencia de la otra persona no equivale a caer en ilusiones. Las ilusiones pueden ser una consecuencia de la ingenuidad. Trazan esa línea de perfección de modo ingenuo. Sin embargo, el amor en cuanto tal no es ciego.

## **Capítulo IV. La “nosrealización” a través de la acción: la construcción del nosotros.**

### *4.1 El nosotros conyugal desde la sobreactualidad: la respuesta al valor.*

Para Dietrich Von Hildebrand el amor es esencialmente “sobreactual”. Se entiende por “sobreactual” a la veneración o amor por el “otro” que perdura como una realidad personal, aun cuando no la actualice de momento. Es la perduración de la presencia del otro que no deja de existir, que permanece como trasfondo.

Cuando amo a una persona con amor conyugal, me veo impelido a volver una y otra vez a la plena actualización. Si estoy constreñido a concentrarme en otras cosas, a trabajar, a hablar con otras personas, me impulsa a renglón seguido y de modo incesante a concentrarme de modo actual en la persona amada, a pensar en ella, a hablarle interiormente o simplemente a dejar que la corriente del amor fluya hacia ella. En otras palabras, es la “presencia” del otro en el corazón aun estando ausente. Y en la medida que esta presencia sea mayor, más crece el amor.

La conciencia del “nosotros” no sólo es en el sentido de ser conscientes de que hay que construir el nosotros; sino que la relación “yo-tú” está de tal modo en nuestro conciencia de manera “sobreactual”; de tal manera está la presencia del amado en el amante, que casi sin darse cuenta (“sobreactualmente”, que no inconscientemente en términos de Von Hildebrand), todo lo que se decide, se decide con el trasfondo del nosotros, se sopesa en función del nosotros, del amor abarcante del otro por mí y de mí por el otro. Esta presencia del otro en mi conciencia justifica la “nosdeterminación”, más allá del acto que contribuye al proyecto común; en la subjetividad misma de los amantes.

Somos plenamente conscientes de las actitudes que se dan en la esfera sobreactual, en el sentido de que ellas son sabidas o conocidas por nosotros. Es muy importante comprender que en el amor hay un compromiso profundo. Este compromiso condiciona también una existencia “sobreactual” en nuestra alma.

La “sobreactualidad” se identifica con la pervivencia real de una actitud o de una respuesta al valor. El amor conyugal debe ser siempre “sobreactual”; cuanto más profundo y perfecto es el amor, tanto más grande es su función para toda la vida psíquica de un hombre.

#### *4.2 La entrega total por el otro nos realiza: el destino del otro es mi destino.*

Hasta este punto se ha llegado a comprender que el amor es la respuesta al valor de la persona. Sin embargo, en la construcción del nosotros, la acción es ya una respuesta. Así como la acción autodetermina y autorealiza a la persona, del mismo modo a través de la acción en el “nosotros” (como segunda naturaleza) se da la “nosdeterminación” y “nosrealización”. Es decir que lo que determinará el amor conyugal será el mismo “arte de amar”. Es decir, la actualización del amor en la acción. Es hacerse cada vez más presente en el corazón al otro y viceversa. De esta manera la “sobreactualidad” se incrementa con la acción dirigida hacia el otro buscando su bien y bienes.

El amor implica un “hacer”, un arte, una técnica... que sólo a través de acciones concretas colabora en determinar y construir la “unidad de dos” que forman parte del “nosotros” matrimonial.

Es decir, que el “nosotros” en el matrimonio se construye en gerundio: amando. Y “amar” es un verbo, es una acción. Y es aquí donde cobra sentido la estructura antropológica de Karol Wojtyla porque nos hace ver que la persona, sin perder su individualidad, puede construir su autorealización en el nosotros y ésta a la vez es “nosrealización”.

Si el objeto de mi amor es mi esposo/esposa y esto es un bien verdadero para mí, en la medida en que yo me entregue total y sinceramente al “otro”, me estaré realizando y, al mismo tiempo, “realizando-nos”, si el “otro” también da una respuesta adecuada al amor. Es en la reciprocidad del amor donde se construye el nosotros. Sin fusiones ni individualismos. La felicidad o realización del otro también se convierte en una tarea mía a realizar. Su felicidad es mi felicidad.

La “nosrealización” es una tarea de esta “unidad de dos”, donde cada una de las personas de esta comunidad encontrará la manera concreta de dar respuesta a este amor. Sin la acción del amor, el amor corre el riesgo de fragmentarse, de no vitalizarse, de no ir a la “existencia del otro”. Si quiero que el otro “exista”, he de realizar actos de amor y de entrega.

La acción del amor hace trascender verticalmente al “nosotros” conyugal llevándolo a su destino: la felicidad de la comunidad conyugal, la felicidad de las personas que componen esta comunidad.

Entonces, se entiende que, con actos de amor, el “yo” se hace presente en el “tú” (“otro yo”). Ahora sí que la frase “obras son amores y no buenas razones” cabe perfectamente aquí en esta visión personalista.

Si cada persona busca por naturaleza ser feliz, y en esta felicidad se pone en juego su autorealización, sólo podrá autodeterminarse en aquella acción de tipo vertical que lo configura como bueno. Lo mismo pasa en el matrimonio.

La construcción del “nosotros” se presenta como tarea y esta tarea, donde se juega la felicidad, sólo se podrá alcanzar cuando nuestras acciones, como respuesta al valor de la persona que amamos, nos configuran como bueno, si buscamos el bien y buscamos bienes para el otro. Esto nos autodetermina y, al mismo tiempo que “hago feliz” al otro, “me hago feliz”.

Entonces tiene sentido la afirmación “el destino del otro también es mi destino”, porque el destino que cada uno busca con su actuar coincide con el arte del amor. Sería incoherente querer ser verdaderamente feliz no buscando el bien ni bienes para la persona que se ama. En la medida que recíprocamente se buscan el bien y bienes, se construye adecuadamente el “nosotros” sin perder la libertad, y sin sentirse distanciado. Es el amor recíproco. Es el amor que hace a los cónyuges trascender, pues trasciende la totalidad personal. En el matrimonio no es suficiente que la entrega sea sólo de uno. Es necesario que la donación sea recíproca: del varón a la mujer y viceversa.

El amor del varón y de la mujer que genera el matrimonio es la entrega recíproca de todo el ser personal en sus dimensiones espirituales, psicológicas y corporales. Esta entrega está dirigida a buscar el bien para el amado en toda su integridad.

Esta entrega total por el otro constituye la verdadera “construcción del nosotros” en el amor conyugal. Esta entrega total, exclusiva, recíproca y complementaria es la causa que los cónyuges, por el vínculo matrimonial, se convierten en “una sola carne”, en una sola realidad, sin perder la singularidad. Esta entrega por el otro se ve reflejado en las tres promesas que se dicen en el día del matrimonio:

#### *4.2.1 En la aceptación: “te acepto”.*

La aceptación por el otro es un acto de amor. Es volver a generar. Es aceptar al otro completamente. Es sentirse entendido, pero también es una aceptación que implica un compromiso de ser mejor para “mí” y para el “otro”, porque el otro lo vale. Una de las mayores alegrías que se pueden dar en la vida es el sentirse aceptado por el otro porque va implícito también el sentirse amado.

La indiferencia o el rechazo se convierte en un gran enemigo de la construcción del nosotros porque desanima el amor, y en un peligro latente que permea en nuestra sociedad.

El arte de aceptar al otro completo es amarlo. En el amor se tiene que aceptar en su totalidad, aunque a veces sea difícil su comprensión. Aceptar sólo una parte del otro, es el principio de la utilización del otro. La aceptación implica totalidad: de todo lo que el otro es.

El aceptar al otro siempre es un motivo de celebración, y es celebrar también la aceptación del otro como parte de una comunidad de personas (a la comunidad de personas a la que pertenece el “otro”: su familia). Aceptar al otro es un acto de justicia para el otro y también para su familia. Es aceptar su historia (experiencias, posesiones, familia...).

- *Una opción radical por el otro.* La aceptación por el otro también implica hacer del otro nuestro punto de referencia, sin dejar de ser uno mismo. Es tener la disposición a renunciar a "todo lo otro" por el otro. Hacerse "uno" con el "otro" y darle acceso al "otro" a todo lo que yo soy. No hacerlo es tratar de mutilar "algo" (hay un acto de no aceptación respecto a la persona). Convierte al otro en fuente de experiencias emotivas. Se queda en el estímulo y la emoción, y esto da pie a buscar maneras de utilización de la persona, y que iría contra la norma personalista presentada por Karol Wojtyła.

- *El "otro" como fuente de enriquecimiento.* Es la búsqueda continua del bien del otro. No se trata de dejar de hacer aquello que no le lleva a un bien o que no lleva a un bien en la construcción del nosotros, sino de buscar el bien del "nosotros" con acciones concretas. Ya que el "otro" también se me presenta como compañero en las alegrías, y como consuelo en medio del llanto. El compartir con el "otro" las experiencias de la vida, no empobrece o despersonaliza, sino al contrario: enriquece.

Un gran obstáculo en el camino de la aceptación del "otro" es el egoísmo como estilo de vida. Y este es el gran problema de la intimidad conyugal. O vivo para mí, o vivo para entregarme. La sexualidad es una experiencia de donación, una experiencia de encuentro, que hace crecer la comunión y la experiencia de las personas.

- *Aceptar al otro "completo".* Aceptar al otro como un sujeto libre e inteligente. De aquí la importancia de la sinceridad y el diálogo, sin violentar la intimidad del otro. Aceptar al otro por lo que vale, pase lo que pase. Se acepta su persona. Pero también la misma aceptación implica tener una visión esperanzada del otro. La esperanza de que el otro puede crecer es también para el otro una exigencia para corresponder.

Es aceptarlo completo y tal cual. Es un caminar juntos. Es resolver el misterio del otro, pero teniendo delicadeza a toda prueba sin lastimar. Su crecimiento también es mi misión. Y puedo colaborar en su crecimiento con la "ayuda" activa, comprometida, paciente y progresiva. Es un trabajo artesanal. Por lo tanto, aceptar es conocer al otro, es admirar, es valorar (reconocer), es afirmar, es formar parte del otro y el otro de mí, es custodiar (el otro sale al paso), es respetar, es acompañar (los momentos significativos: los grandes o pequeños), es colaborar, es perdonar... es amar.

#### 4.2.2 En la entrega: “me entrego”.

Aquí descansa el consentimiento matrimonial. Se trata de una entrega en el orden moral del amor (se deja poseer por el “otro”). En este aspecto Karol Wojtyła se detiene a hablar ampliamente en el libro *Amor y responsabilidad*.

Esta entrega por el “otro” implica que lo más valioso que se posea hay que entregárselo a la persona que lo valore. Hay personas que se ponen en riesgo porque no siembran en tierra fértil donde la entrega puede florecer.

Amar en la entrega es saber convivir con el otro. Y la entrega se juega en la convivencia diaria. Expresar la entrega en la convivencia diaria es dar importancia a las cosas del otro (lo que es importante para el otro). Esto es un signo de que se vive para el otro. Por eso, la importancia del “diálogo conyugal”, ya que el diálogo es el lugar que facilita el encuentro y el espacio en donde el “nosotros” habita la individualidad del “yo” y el “tú”.

También implica tomar en serio el parecer del otro. Darle importancia a aquello que el otro considera importante. Para ello, es importante la escucha: darse el tiempo y la calidad.

- *La entrega es un “cambio de propiedad”*. En el “nosotros” se pertenece a otra persona. Esto se da en el orden moral del amor. Es por amor que una persona se entrega a la otra y para siempre. Y se encuentra al otro como camino de realización. Se trata de una nueva orientación para la vida. Su referencia apunta hacia la otra persona.

- *La entrega es un acto de confianza: confiarse en el otro*. Es ponerse en las manos del otro. Es decir: “Haz de mí lo que quieras” (desde la perspectiva del amor). Y esta confianza lleva también a ponerse al servicio del otro: yo seré feliz mientras tú seas feliz.

- *Con todo lo mío*. Esta entrega también implica la totalidad de la persona. Es una entrega de la propia historia, de mis usos y costumbres, respetando los límites privados propios de la persona y esto lleva también a respetar la conciencia del Cónyuge. El límite es la conciencia del otro, a no ser que, por amor y con prudencia, pueda ayudar al otro con la corrección cuando se ha actuado mal.

Para poderme entregar con todo lo mío hay que vencer el peligroso repliegue sobre uno mismo. Vencer el quedarse en el propio punto de vista, ser punto de referencia, el querer ser dominante.

La entrega en la vida práctica consiste: en hacer lo que al otro le agrada y le hace bien, evitar lo que le molesta y le hace daño. Implica saber amar en la convivencia diaria: ser amables, dar importancia a las cosas del otro, saber rectificar, pedir perdón, hacer los cambios que hacen falta, dejarse corregir con prudencia, aceptar las dificultades y hacer el esfuerzo de renovar todos los días el “amor”.

#### *4.2.3 En la promesa: “yo te prometo”.*

El que promete sabe que hay un futuro. Toda la vida de la persona consiste en la realización de la persona, y la promesa es un acto tremendamente humano. Está de por medio la confianza en la capacidad de cumplir del otro.

En la promesa se da el compromiso de toda la vida que constituye el compromiso de renovar o de “actualizar” el amor “todos los días de la vida. La promesa implica la construcción de un proyecto matrimonial que los lleve a las “nosrealización”, que lleva implícito la fidelidad como un “superar la prueba del tiempo” y el compromiso de amar y respetar todos los días al “otro”.

Finalmente, en la promesa también está el amor conyugal que es fecundo, la promesa de formar una familia, un “hogar de amor” y la promesa de educar a los hijos.



### 4.3 La “nosdeterminación” y la “nosrealización”.

La “nosrealización” es la felicidad comunitaria, es la consecuencia del amor conyugal de esta “unidad de dos” (matrimonio) que se actualiza por medio de acciones concretas de amor (fruto del arte de amar) de la “nosdeterminación” de las personas que hacen realidad la construcción del nosotros en el amor conyugal desde la autoposición y autodominio que cada uno ejerce en vistas a responder al valor de la persona del “otro”.

Los esposos alcanzan su “nosrealización” cuando cada uno toma las riendas de su vida, de manera consciente, para actualizar su amor (acciones), a fin de promover la persona del “otro” y de acrecentar su presencia en mí. de manifestar el querer la existencia del otro (“quiero que exista” en la sponsalidad y paternidad) cada día hasta el “todos los días de la vida”: la promesa del “para siempre”.

Por lo tanto, la “nosdeterminación” es el modo personalista en que los cónyuges actúan (el arte de amar) buscando el bien y bienes para el “otro”, y mediante la reciprocidad de respuestas de amor, construyen juntos su propia “nosrealización”.

De esta manera, las acciones concretas de amor también deben reflejarse en la búsqueda de plenitud de las dimensiones propias de la persona. Y así, todos los dinamismos de la persona cobran sentido o significado en la acción de construir el nosotros en el amor conyugal. Al entregarse al otro y recibir la entrega del propio ser del otro, los que se casan se vuelven mutuamente responsables del uno y del otro, así como de la aspiración más elevada de toda persona: la de entregarse y encontrar en esta entrega la propia consumación plena. La “nosdeterminación” será entonces el arte de construir acciones amorosas.

En una comunidad matrimonial no son sólo las identidades (sujetos) las que se unen, ni los cuerpos, ni los afectos, ni las voluntades: son dos personas las que se conforman comunitariamente. Por eso, nada del otro puede quedar fuera de la relación: corporeidad, afectividad, inteligencia, voluntad...

- *La “nosdeterminación” del cuerpo.* Los esposos construyen el nosotros en la “unidad de la carne”, en la entrega del don de sí en la intimidad conyugal, cuyo acto siempre es fecundo en vista de formar una familia. También se construye en la “exclusividad” del cuerpo que lleva a la fidelidad. En esta entrega del cuerpo también se juega la autodeterminación de los sujetos que se unen, ya que entran en juego el *autodominio* y la *autoposesión* en que la entrega mutua en la intimidad conyugal no caiga en una relación utilitarista, centrada en el placer y no en la persona.

En esta misma “nosdeterminación” los esposos necesitan la “presencia” física del otro. No basta la presencia, de tipo “sobreactual”, en la vida matrimonial. La presencia del otro también ayuda a construir el “nosotros”. Saber que se está allí. Y también en el sentido de “actualizar” el amor con gestos, caricias, abrazos, palabras... que abonan no sólo desde una perspectiva emocional sino también “personal” y “espiritual”.

De igual manera, los esposos se cuidan mutuamente para que el “cuerpo” siempre refleje a la persona en la modestia, en el pudor, en la mirada... de manera que ellos mismos protejan su amor conyugal.

- *La “nosdeterminación” de la psique.* Es la intencionalidad de los esposos a buscar el bien del otro y buscar bienes mutuamente. A veces existe la concepción equivocada de que si, en el donarse, uno se entrega a así mismo, puede quedar vacío. Justamente, la autodonación no tiene nada de autoanulación. El entregarse produce alegría por la felicidad que uno brinda al amado. Y al mismo tiempo, este gozo del otro enciende aún más el propio sentimiento que se recarga de fuerza para seguir amando en una creatividad del todo particular.<sup>107</sup> Von Hildebrand señala:

“El amante que se entrega en su amor al amado no tiene en modo alguno la conciencia de una autoanulación. Al contrario, en esta entrega él se hace más sí mismo. Vive de modo más pleno y auténtico; su más profunda vida propia se realiza de manera más despierta y existencial. La conciencia del “yo-tú” se mantiene en plena vitalidad e incluso alcanza en esta entrega una tematicidad peculiarísima. En las palabras:

---

<sup>107</sup> Rocío Figueroa Alvear, *¿Pareja dispareja? Hombre y mujer ¿iguales o diferentes?* (Puebla: UPAEP, 2013), p. 117.

“yo soy tuyo” no hay una desaparición de sí mismo, pues todo lo que de regalo hay en el “tuyo” presupone que existe la persona plena y vida que pertenece al amado”.<sup>108</sup>

También es el crédito del amor. Uno tiene la confianza en la otra persona y cree en él si es que la realidad no le demuestra lo contrario. Hay una visión positiva del otro e incluso las fragilidades del otro son vistas con mucha benignidad. Cuando uno quiere a alguien tiene, por un lado, a verlo en el conjunto de todas sus virtudes, por lo que los defectos no le parecen tan acentuados y, al mismo tiempo, el cariño es como una capa que cubre con su generosidad todas las aristas de la otra persona. Considera que lo negativo del otro no le pertenece esencialmente. Cuando uno ama a alguien, tiene en su mente lo que puede llegar a ser la otra persona. Y por eso ayudará con cariño a que la persona pueda sacar de sí lo mejor que posee.

Es el cuidado del otro no sólo en sus necesidades biológicas (alimentación, intimidad, vestido, micción...) sino también en las psicológicas (seguridad, protección, aceptación, autoafirmación) y en las sociales (metas, propósitos, objetivos...). Y de este cuidado del otro es donde juntos se disponen a la elaboración y ejecución de un “proyecto común”.

- *La “nosdeterminación” de lo espiritual.* Es la respuesta al valor de la persona del otro, cuyo encause adecuado es la norma personalista. La actitud adecuada en el “nosotros” es el amor, que excluye la utilización. El amor es donde el otro encuentra el espacio adecuado para ser.

Es aquí donde los esposos encuentran el verdadero sentido de sus vidas “uno junto al otro” en la búsqueda constante de la “nosrealización” y que puede quedar trazada en un proyecto de vida matrimonial; es necesario recurrir a la imaginación, a la creatividad, a la memoria... para que este proyecto común siempre esté en revisión y renovación. Es importante no olvidar la construcción del “nosotros” en las acciones concretas de espiritualidad<sup>109</sup>.

---

<sup>108</sup> Von Hildebrand, *La esencia del amor*, 88.

<sup>109</sup> Entiéndase por la práctica de la religión.

- *La “nosdeterminación” del corazón.* Es en el corazón donde se toman también las grandes decisiones y en la construcción del nosotros debe construirse un “solo corazón” que motive pero que también proteja. No se trata sólo de no dejarse llevar por el impulso, sino de la madurez e integración de nuestro mundo afectivo por el bien del “otro”. Es hablar de la madurez del amor que llega cuando la vida emotiva en el matrimonio no domina ni oscurece el día a día, ni el proyecto común; sino que enriquece la vida matrimonial haciéndola más armoniosa por el bien del “nosotros”.

Es amar con todo el corazón y en la donación plena. El amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no es la búsqueda de sí mismo, sino la búsqueda del bien del amado: se convierte en renuncia y se está dispuesto al sacrificio.

De esta manera, se construye el mundo afectivo del nosotros. Donde las batallas emocionales y sentimentales se dirigen hacia el proyecto común que ambos cónyuges quieren construir. Cada uno, en su tarea de realización, irá integrando y trabajando su mundo afectivo (único y distinto al otro) hacia el nosotros. Es integrar los sentimientos y emociones en el querer el bien del otro.

Cuando los esposos lo trabajan construyen un ambiente de calidez humana, de madurez afectiva; construyen un “hogar” donde se evita aquello que puede molestar o herir al otro, donde se aprende a manejar los conflictos sin desbordarse emocionalmente, donde se buscan espacios de empatía, donde existen los tiempos para expresar sentimientos y necesidades sin miedo a ser juzgados o etiquetados.

- *La “nosdeterminación” de la inteligencia.* Para amar hay que ser inteligentes. No todo es echarle ganas, es cuestión de inteligencia. Es la “nosdeterminación” de los cónyuges con la inteligencia del amor según las distintas circunstancias y etapas de la vida. Y en esta dimensión se requiere de creatividad, de inteligencia para mover acciones de amor.

La felicidad es la densidad, la plenitud y la riqueza de un modo de actuar. Un modo excelente de hacer una caricia, de rezar juntos, de besar, de lavar los platos, de unirse conyugalmente...

El conocimiento que se genera en el “nosotros” es para la persona una realidad vital. Porque siempre el “otro” se presenta como un misterio a resolver o conocer todos los días de la vida para aceptarlo, respetarlo y amarlo. Cuando no se conoce al “otro” se genera la angustia que es fruto del “no saber” del otro.

Hay que tener cuidado de caer en “la superficialidad”, que es el olvido de las aspiraciones profundas del corazón de “uno” y del “otro”. Y para que haya un conocimiento profundo es indispensable superar el límite de la propia subjetividad. Y esto llevará a saber más del “otro”, escuchar al “otro”, aceptar al “otro”, amar al “otro”.

- *La “nosdeterminación” de la libertad.* Es la acción de los esposos que en la búsqueda de la construcción del “nosotros” son libres sin perder la libertad en el matrimonio. La libertad se presenta también para los esposos como un don, como una conquista, como una tarea a realizar.

El “nosotros” conyugal será lo que sean las propias elecciones de los esposos en la búsqueda de la “nosrealización. Si por la libertad el hombre se engendra a sí mismo, también lo será para el matrimonio que lo hace fecundo.

Gracias a libertad, el “nosotros” conyugal se construye con la capacidad que tienen los esposos de trazar un proyecto matrimonial. El propósito de la libertad no es la afirmación de sí mismo, sino se realiza cuando es capaz de entregarse, se afirma cuando es capaz de comprometerse. La auténtica libertad es la que está en el amor: asume un reto y un compromiso.



## Conclusión.

El matrimonio es un camino de realización personal en el amor conyugal que se construye en acciones *de, por y para* el nosotros. Es decir, los esposos van camino a su perfeccionamiento personal a través de las acciones que realizan en su matrimonio. Eso es construir el “nosotros” desde la perspectiva del obrar, no desde el punto de vista ontológico. El cónyuge a través de las acciones que realice junto con el “otro”, no sólo se realizará a sí mismo a través de esas acciones que realiza junto a un ‘tú’, sino que también se realizará a sí mismo en las acciones que realiza en un ‘nosotros’. Es decir, en las acciones que realiza de manera “con-junta” con su cónyuge. Incluso se realizará más plenamente porque se realizará a sí mismo y contribuirá con su acción a la realización del otro.

La comunidad matrimonial es una forma de ser, vivir y de realizarse como persona, pero para entender esta realidad fue necesario comprender antes la antropología que se propone como “adecuada” para la construcción del “nosotros” en el matrimonio. Una antropología bajo la comprensión de Juan Manuel Burgos y de Karol Wojtyła. En este último nos hemos apoyado para conocer la estructura ontológica de la persona en la acción. Ambos autores ayudan a comprender también la estructura específica de la comunidad matrimonial y su tarea a realizar.

Dentro de esta búsqueda de querer justificar la construcción del nosotros en el amor conyugal, fue necesario explicar las categorías de autodeterminación, autoposesión, autodomínio, participación, integración, trascendencia... que Karol Wojtyła nos ofrece; como también especificar lo que se entiende por “nosotros”, el amor, la esencia del amor, el amor conyugal... porque ofrecen la pauta para abordar adecuadamente el objetivo.

La comunidad matrimonial hunde sus raíces en el ser mismo de la persona. La propia persona tiene una estructura ontológica “conyugable”, lo cual se fundamenta en el hecho de que es un ser relacional. Pero también su misma estructura nos muestra que en el amor conyugal el hombre se tiene que realizar a través de la acción. Y es así como va “autodeterminándose” en la medida que junto-con-el-otro, en un proyecto común y con acciones, constituyen también su “nosdeterminación” y “nosrealización”.

Este “nosotros” de los esposos se realiza con acciones concretas que toman en cuenta las dimensiones de la persona, ofrecida por la antropología personalista de Juan Manuel Burgos. Es decir, es una forma de ver esta construcción del nosotros de manera “integral”. Se ama en el matrimonio con todo el ser personal.

Esta relación ontológica vinculante entre los esposos posee una realidad rica en cuanto encuentro permanente de un “yo” con un “tú”, en cuanto “nosotros”. Donde encuentran un sentido existencial y un camino de plenitud personal, ya que esta no ocurre fuera del “nosotros” sino desde el “nosotros”, porque el “nosotros” mismo está llamado a la plenitud. Y finalmente este “nosotros” se realiza “más” pues es una estructura abierta intencionalmente a otros, que trasciende.

De esta manera, el hombre puede alcanzar su felicidad (su autorealización) en el matrimonio de una manera plena, sin temor de perder autonomía o de establecer una relación de dominio o indiferencia.

La trascendencia de los cónyuges en el amor conyugal se da en la libertad y en la acción. Y es así que construyen un “nosotros” pleno que no se queda sólo en ellos, sino que trasciende en los hijos formando una familia.





## Bibliografía

- Alvear, Rocío Figueroa. *¿Pareja dispareja? Hombre y mujer ¿iguales o diferentes?* Puebla: UPAEP, 2013.
- Lozano Arco, Sergio. «La interpersonalidad en Karol Wojtyla.» Valencia: Universidad Católica de Valencia, 2014.
- Baumann, Zigmund. *Amor Líquido*. México D.F.: Fondo de Cultura Económico, 2007.
- Burgos, Juan Manuel. *Antropología: una guía para la existencia*. Madrid: Ediciones Palabra, 2013.
- Domínguez Prieto, Xosé Manuel. *Antropología de la familia*. (Madrid: BAC, 2007)
- Concilio Vaticano II. *Constitución Apostólica Gaudium et spes*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana, s.f.
- Ferrer, Pilar. *Persona y amor*. Bilbao: Grafite Ediciones, 2005.
- Fromm, Eric. *El arte de amar*. Madrid: Paidós, 2014.
- Hildebrand, Dietrich von. *La esencia del amor*. Pamplona: EUNSA, 1998.
- Juan Pablo II. *Carta Encíclica Redemptor Hominis*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana, 1979.
- Mariás, Julián. *El tema del hombre*. Madrid: Colección Austral, Espasa-Calpe, 1996.
- Miró, Josep. *La Sociedad desvinculada*. Barcelona: Stella Maris, 2014.
- Sarmiento, Augusto. «El «nosotros» del matrimonio. Una lectura personalista del matrimonio como «comunidad de vida y amor».» *Scripta Theologica* (S.1) v. 31, nº 1 (Enero 2018): p. 71-102.
- Semen, Yves. *El amor en la familia según Juan Pablo II*. Bilbao: Desclée De Brouwer, 2016.
- Wojtyla, Karol. *Amor y responsabilidad*. Madrid: Ediciones Palabra, 2009.
- \_\_\_\_\_. *Persona y acción*. Madrid: Ediciones Palabra, 2009.
- \_\_\_\_\_. *Los jóvenes y el amor*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2018.
- \_\_\_\_\_. *El hombre y su destino* Madrid: Ediciones Palabra, 2005